

# Añoranzas del Instituto Juárez

Rafael Domínguez



. 7263

4  
NACULTA, DGB

5201

*125° Aniversario de la fundación del Instituto Juárez*

UNIVERSIDAD JUÁREZ AUTÓNOMA DE TABASCO

VILLAHERMOSA, TABASCO, 2004









---



## **DIRECTORIO**

Jorge Abdo Francis  
Rector

Roberto Montes de Oca  
Secretario de Servicios Académicos

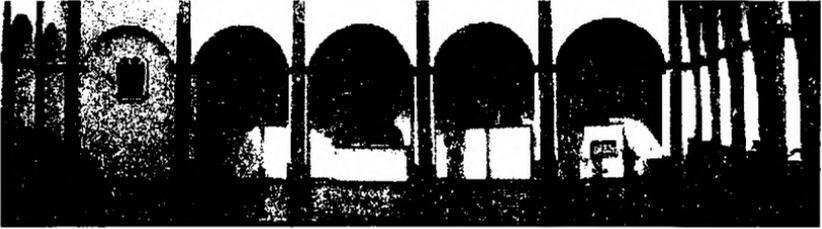
Jesús Arturo Filigrana Rosique  
Secretario de Servicios Administrativos

Coordinación Editorial  
Emilio de Ygartua y Monteverde



---

*Añoranzas del Instituto Juárez*



*Rafael Domínguez*

Instituto Juárez de Tabasco  
Universidad Juárez Autónoma de Tabasco  
Enero de 2004



---

FT

378.7263

D76

2004

EJ. 2

NT. 86447



---

Primera edición, 1940

Segunda edición, 1979

Tercera edición, 2002

Cuarta edición, 2004

Es propiedad, Gobierno del Estado de Tabasco

© Copyright 1979

Dibujo del autor y viñeta de Luis Aguirre





---

## Presentación

*Con* motivo del primer centenario del Instituto Juárez, el gobierno del Estado editó en 1979, una serie de publicaciones bajo el nombre de “Centenario Instituto Juárez” entre las que se encontraba este libro: “Añoranzas del Instituto Juárez” de don Rafael Domínguez, prologado por don José “Pepe” Bulnes.

En el marco de la celebración del 125 aniversario de la fundación de este histórico recinto educativo, la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco presenta la reedición de esta importante obra en la que el lector podrá conocer parte de la vida académica de este Instituto y de varios de los ilustres personajes que pasaron por sus aulas como alumnos y/o como docentes, contribuyendo a escribir las páginas de gloria que conforman su biografía.

Enero de 2004.





## Rafael Domínguez Gamas

Quienes lean estas "Añoranzas del Instituto Juárez", del Lic. Rafael Domínguez Gamas, admitirán que llegaron para enriquecer la colección de obras seleccionadas para su publicación por el Consejo Editorial de Tabasco. Un libro de juveniles reminiscencias estudiantiles, donde el autor hace desfilar a maestros y condiscípulos, con una que otra anécdota, acaeceres y observaciones para que el recuerdo alumbré con nuevas luces nuestra memoria.

El Lic. Rafael Domínguez nació el 23 de octubre de 1883 en San Antonio de Cárdenas, Tab., erigida en Ciudad el 16 de Septiembre de 1910.

Allí cursó sus primeras letras con el maestro Amat. Radicada su familia en la calle de Zaragoza de San Juan Bautista, cursó la primaria superior en la escuela "Manuel Romero Rubio", que dirigía el matemático don Ramón Moctezuma; tuvo como maestros a los profesores José Asunción Llergo, Filiberto Vargas López, José Ochoa Lobato y al sabio botánico José Narciso Roviroso. Sus condiscípulos fueron Julián Urrutia Burelo, Jesús Pompeyo Avalos Magaña, Pepe Ibarra, Eduardo Pedrero, José Guadalupe Concha, Alejandro y Rafael Giorgana, Ciro Pomoca Morales, Gustavo Sosa Cano, Panchito de la Guardia, Carmen Sánchez Magallanes, Carlos Castillo, Antonio Hernández Ferrer, Félix Fulgencio Palavicini, Gregorio Castellanos, Gustavo y Vicente F. Melo Figueroa, Raúl Mendoza y Adolfo Payán.



En 1908 Domínguez Gamas se inscribió en el “Instituto Juárez” casi con los mismos condiscípulos, a los que allí se sumaron Límbaro Correa Merino, Agustín y Miguel González Palavicini, Ramón Becerra Andrade, Matías Martínez, Raúl Mendoza y Francisco J. Santamaría; a éste unió su vida con una firmísima amistad que se prolongó más de medio siglo. Desde entonces tuvieron juntos sus dolores y alegrías, sus satisfacciones y desencantos, sus glorias y fracasos, por entonces llegaron al Instituto César y Tomás Casasús, Pepe y Carlos Hernández Ponz, Manuel y Daniel Gurría Urgell, Pedro Pizá Martínez, Juan Fernández Veraud Tónico Pomar. De Huimanguillo, Federico Martínez de Escobar Urgell y Salomón Herrera, con quien alternó Domínguez su despacho de Veracruz; de Pichucalco bajaron al Instituto César Camacho, Augusto Rojas Ortiz y Carlos Vidal.

Fueron sus maestros: De gramática, el Lic. Carlos María Saavedra, de Xalapa, Ver. De matemáticas, don Pedro Lira, originario de Teusitlán, Pue., y el Lic. Francisco Casasús. De geografía, don Manuel Díaz Prieto. De inglés, don Constantino Maldonado; de francés, don Domingo, “Monsieur”, Dorta y de latín el Dr. Fernando Formento. De física y cosmografía don Arcadio Zentella Priego y de humanidades, el Dr. Juan Graham Casasús. Después otros catedráticos: los abogados Ricardo B. Castro Palavicini, Lorenzo, “Chato”, Calzada del Aguila, Andrés Iduarte Alfaro, Justo Cecilio Santa Anna Jiménez, Tomás Hidalgo Estrada, Gonzalo Acuña Pardo, Francisco Pellicer Marchena, Rómulo Becerra Fabre, Luis Graham Casasús y Querido Moheno Tavares; los doctores José María Iris, Juan Muldoon, Juan Graham Casasús y José Cherizola y los profesores Ismael E. Christen, Marcos F. Becerra y Luis Gil Pérez. En 1904 se recibió de maestro de Instrucción primaria Rafael Domínguez y fue comisionado por la Dirección de Educación a la escuela pública de Paraíso, Tab., plaza que entregó a su colega Carlos Sala Rueda en 1906, al ser nombrado Director de la escuela oficial de Tacotalpa. Allí estuvo hasta 1908, que regresó a San Juan Bautista y se inscribió en el “Instituto Juárez” para cursar la carrera de leyes.

Fue cuando Domínguez y Santamaría formaron un grupo de 8 muchachos, todos estudiantes de derecho, con el fin de reunirse a comer los sábados, después de los exámenes finales de cada año escolar y celebrar el



día onomástico o cumpleaños de alguno de ellos. El estudiantado los bautizó con el mote de "El octaedro".

Fueron sus componentes: Manolo Pérez Berenguer, César L. Casasús, Domingo U. Melo, Andrés Sosa Cámara, Pancho Montellano Lanz, Pepe Brown, Francisco J. Santamaría y Rafael Domínguez Gamas.

En 1909 comenzó Rafael a publicar poesías y artículos periodísticos en el diario "El Renacimiento", que dirigía en San Juan Bautista el abogado tapatío don Guillermo Amescua. El jueves 24 de Octubre de 1912, día de su onomástico, presentó examen de abogado en el "Instituto Juárez" Con la tesis "La Libertad Caucional". Fueron sus sinodales los licenciados: Andrés Iduarte Alfaro, Presidente y Lorenzo Calzada del Águila y don Higinio Camelo Cruzado, vocales; actuó como secretario el pasante Andrés Sosa Cámara, con asistencia del director del plantel, Lic. Gonzalo Acuña Pardo.

Como nota retrospectiva recordamos a los primeros alumnos del instituto que recibieron sus títulos: como abogados, Higinio Camelo Cruzado, Horacio Jiménez, Regino Hernández León y Aureliano Colorado Calles. De ingenieros agrónomos Epafrodito Hernández Carrillo y Félix Fulgencio Palavicini Loria. De Notario Público, Cástulo Vera, José María Ochoa y José Dolores Camelo Cruzado, y de farmacéutico Juan Graham Ponz.

Al triunfo de la Revolución Constitucionalista, en 1914, el Lic. Rafael Domínguez se radicó en el puerto de Veracruz, donde vivió hasta el viernes 23 de Enero de 1959, que salió del mundo; tenía 76 años de edad.

En su permanencia jarocho de más de 4 décadas, se dedicó a la noble tarea literaria, sin treguas ni descansos; de limpia prosa, galana y fina, de elegante cortesía, incapaz de araños o pinchazos de mala fe, estimulando a quien lo merecía o marcando fallas sin denostar a nadie.

Fue fundador del Club Rotario del puerto de Veracruz con el industrial don Mario B. Remes, el Dr. Nicandro L. Melo y el español Ramón Colón. Asesor Jurídico de la Delegación de la Cruz roja del puerto, del Comité Auxiliar



---

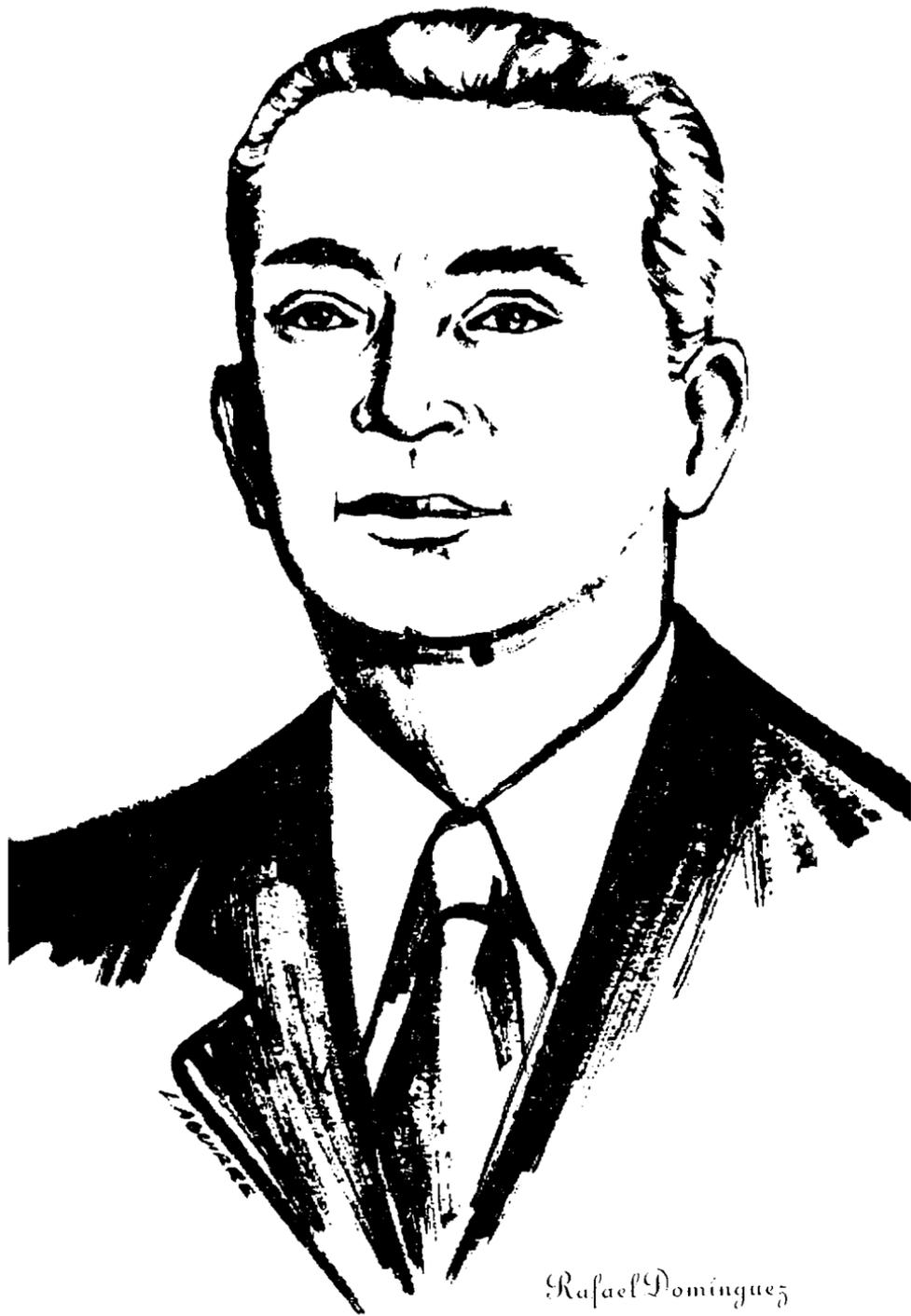
de Damas de la misma asociación así como del "Hospital de Emergencia" y del "Hogar de Ancianos". Fue miembro correspondiente de la Academia Mexicana de la Lengua.

"El Dictamen" de Veracruz fue ágora periodística del Lic. Domínguez, donde alternó 40 años con Rafael Machorro ("Jorge Labra") el historiador don Juan Klunder, el lexicógrafo don Benito Fentanes y el acucioso investigador Gonzalo Aguirre Beltrán. Consagró su vida, más que a la judicatura y a la docencia, desempeñó la cátedra de literatura en la Preparatoria del puerto jarocho a las letras, y bien sabemos que el hombre de letras vive y se desvive por los quehaceres del espíritu y por cumplir "su encargo" ante la opinión pública.

Sus libros publicados: "Azul como tus ojos". Una traducción del francés: "Recuerdo de Solferino", escrito por Enrique Dunant, ilustre fundador de la "Cruz Roja Internacional". "Ensayos Críticos de Lenguaje", "Tierra Mía", el "Diccionario de Gentilicios", "Páginas Sueltas" y estas "Añoranzas del Instituto Juárez".

Septe. del 79.

Pepe Bulnes



Rafael Domínguez





Al Francisco J. Sanlamaría  
mi hermano espiritual





## Pórtico

Acabo de salir de la gaya fiesta intelectual en la que, tanto el cerebro como el corazón de Rafael Domínguez, extendieron ante nuestro sensorio el emotivo, caliente y sincerísimo hatillo de AÑORANZAS DEL INSTITUTO "JUÁREZ". Mientras en el cielo florece el rosal de las estrellas, en mi cerebro endomingado germinan las ideas; mis pasos quiebran el contorcio y la sombra de mi cuerpo se alarga al conjunto de los focos que semejan cercenadas cabezas de bovinos Pierrots; el rojo parpadear de un semáforo enciende coágulos en el aceite del asfalto; lastima y corta el viento frío como desprecio; el cielo está sereno tal que frente infantil; ya en mi barrio, me adentro en una callejuela de ensueño donde un sauce cuelga sus frondas desmayadas como cabellera llena de tibieces; la torre chiquitina de la pechera iglesia es un bracito enflorado que ofrenda a la Vía Láctea, con orinosa cruz, un emblema de amor.

Del santuario de mi hogar se adueñó el silencio; tan tranquilo es el sueño de mis hijos que diríase que, cuando duermen, cuchichean con sus hermanos los ángeles; el más chiquito yace en su cuna como una interrogación entre espumas; en el patinillo la fuente, leprosa de musgo, canta el poema de la serenidad. En mi cuarto de estudio, rodeado por los libros que son redomas donde hierven los oros del talento, la Meditación con sus manos de abadesa aquieta el tormentoso bullir de mis ideas. Quiero platicar un rato con Rafael Domínguez, con el hombre que, como el agua, ha formado su propio cauce, con el recio varón que después de tutear al Dolor ha llegado a la cumbre de la serenidad, con el preclaro filólogo que con delectación sibarita acaricia, pule, enjoya y abrillanta nuestro rico idioma, con el hombre bueno en cuyo espíritu florece el lirio de la bondad; como comentario a las AÑORANZAS DEL INSTITUTO JUÁREZ quiero poner



el pétalo de mi elogio y el granito de mirra de mi admiración para mostrar con orgullosa prosapia de viejo castellano el jubón raído de mis ideas y el marchito hatillo de mis parabienes; ansío volcar mi cerebro en esta impoluta hoja de papel y calentar su fría blancura con los sinceros latidos de mi corazón.

Cuentan las crónicas que cuando el Gobierno inglés quiso plasmar en carne de granito su amor a Newton, abrió un concurso a fin de buscar el epígrafe que mejor conviniera para grabarlo en el zócalo de la estatua; se recibieron mil sentencias, muchos dísticos e innúmeros apotegmas para loar al egregio sabio que mató la poesía del arcoiris; mas de todas las celebraciones de los concursantes triunfó la de un niño que tan sólo propuso que en el mármol pentélico se esculpiera un nombre: NEWTON. Esta anécdota ha venido a mi mente para decir que AÑORANZAS DEL INSTITUTO JUÁREZ debe sintetizarse en la palabra AMOR. Sobre todos los que unciosamente escuchamos la lectura de este libro, flotó la negación del egoísmo, la síntesis de la misericordia, el emblema del consuelo; todos los que en rolde saboreamos embelesados las evocadoras páginas de esta obra, estábamos ungidos por el mismo sentimiento, ya que la amistad es un amor sin sexo; los conterráneos de Rafael Domínguez cuando lean este libro, plétórico de reminiscencias se trasladarán en espíritu al prócer TLAPACHTLI, a ese rincón de égloga donde las pasiones son intensas, los intelectos jarifos y la amistad sincera; a ese lugar que es cuna de héroes, almaciga de rebeldías y hontanar de sapiencias, maguer los fraticidas esfuerzos de los chacales; a ese agro donde la vegetación es ubérrima, los ríos impetuosos y los crepúsculos de apoteosis. Siento veneración por Tabasco, por esa entidad aljofarada de leyendas y ornada de tradiciones, por ese sangrante Estado que vive de sus recuerdos gloriosos mientras la luz ambarina esmalta paisajes policromos y el cielo, rabiosamente azul, tiende sobre los egoísmos su divino desdén.

Con qué inefable delectación evoca Rafael Domínguez los años mozos acolchados de incertidumbre y de ansiedades; con qué talento y con qué cariño habla de sus maestros, de esos forjadores de nuestra personalidad, de esos orfebres de nuestro espíritu, de esos faros que marginaron con suarios



consejos la senda de nuestra vida; nuestros muertos viven mientras el recuerdo los envuelve, cuando los olvidamos es cuando están verdaderamente muertos; la cornucopia inagotable de la ternura de Rafael por igual se vuelca sobre la prócer figura del autor de ANTON PÉREZ que sobre la acromática personalidad del viejecito que tocaba la campana, campana a cuyo conjuro se iniciaban las horas de clase. La melera ensoñación de sus recuerdos habla cariciosamente de los muros desconchados del Instituto, de árboles umbrosos, de los corredores donde se acurrucaba el eco de las risas vemales y de los monolitos, que al correr de los años, fueron plinto para el recio zapoteca. El autor pulió lágrimas en los ojos de sus oyentes al hablar de sus compañeros de estudios, ya que el amigo es un hermano que nos da el cariño. Un suspiro-flor de anhelos, sale de mis labios para orear una lágrima, cuando recuerdo la evocación de esa pianista admirable que en la sonochada acariciaba al gigante nubio de la dentadura blanca para asedar con sus notas la pñada existencia del autor, llena de pobrezas y de renunciaciones; no creo que haya muerto esa ternísima mujer porque en el almario de Rafael Domínguez yace su recuerdo como roja flor incandescente en lamparita de exvoto.

Cuánto sufrí con la historia de ese joven crudelísimamente torturado, marchitado y matado por el rigorismo de un Director y cuánto gocé con el simbólico zurear de dos palomas que en el tibio hogar de un alero entonan epitalamios bajo la pompa cesárea de un crepúsculo de cobres oxidados. Envuelto en tules de melancolía, sahumado por el vapor de lágrima de impotencia, acotado por suspiros que son gemidos pudorosos, nos habla el autor de su retorno al terruño donde todo está destruido al socaire de rencores y ambiciones, de hermosas utopías desgarradas por los acéreos colmillos de la realidad y donde los valores morales naufragan en charcos de sangre y en putrilagos de ignominia. Pero esa ola devastadora será inane mientras haya tabasqueños de la urdimbre espiritual de Rafael Domínguez, cuya ascendente vida, forjada en el yunque del estudio, da flores de sapiencia y corolas de misericordia; de Santamaría, el cervantino filólogo de poliédrico intelecto, el Rufino José Cuervo de México, el penalista rectilíneo, el amigo fraterno cuya frente está familiarizada con el laurel; de Arcadio Zentella, el eufórico poeta que luce canas en los aladares y rosas vemales en el espíritu, como rocieler envuelto en turba ante de adiposas nubes; de Noé de la Flor y



Casanova el altísimo aedo, de parvo cuerpo, amplia ilustración, alma blanca e inquieto espíritu, tal que un S. Francisco de Asís en la armadura de un conquistador; de Daniel Gurría Urgell el admirable prosista que esculpe a hachazos sus párrafos wagnerianos, que siente el dolor de sus enfermos y que rima su exquisita sensibilidad con la áurea lira díazmironiana; del cultísimo maestro España, de alma tallada por las armonías, de amable rostro enlozanecido por la socarra y que siempre tiene a flor de labio la observación justa y el consejo prudente; de García Junco, el sabio; de Gurría Urgell, el civilista; de Palavicini, el combativo; de Hernández Llergo, el omnisciente; de Brown, el fraterno y de otros muchos. Todos estos ímpetus y todas estas cerebraciones viven, brillan y germinan con el divino aliciente de que el enhiesto Tabasco pueda encararse con los héroes de nuestro México para decirles: nuestro carácter es tan fuerte como vuestra espada de combate, nuestros ideales son tan altos como la cumbre que escalasteis y nuestras ansias de saber eternas como la veneración que por vosotros sentimos.

No diré nada de los claros timbres de esa prosa flexible, ondulante, sencilla, ágil y armoniosa; tan sólo sé que mientras Rafael Domínguez leía las páginas a floradas de su libro, en los labios del glorioso anquilosado de Lepanto Amo y Señor del habla castellana vagaba una sonrisa de satisfacción y de aquiescencia. La buída urdimbre de libro está hecha en tono de plática, de confidencia, de charla dicha por el abuelito ante los nietos adorables, en la velada invernal, mientras afuera la ventisca, fría como el egoísmo, arrastra las hojas apergaminadas y quebradizas.

Las lumbres madrugueras de este 24 de diciembre prenden rubores en el zafireño cielo y diluyen nácares en el negro terciopelo de la noche, cuando llega a mi cerebro el aforismo latino OBRA DIVINA ES QUITAR EL DOLOR, para parodiarlo y decir a mi dilecto amigo Rafael Domínguez: OBRA DIVINA ES MOSTRAR UBÉRRIMOS PANORAMAS DE BELLEZA.

El orgulloso Buckingham por dondequiera que iba derramaba perlas; el autor de AÑORANZAS DEL INSTITUTO JUÁREZ vale más que ese fastuoso duque, ya que por dondequiera que pasa derrama bondades.



# I

**Cuando** hemos pasado de los cincuenta años, sentimos casi siempre una extraña inquietud en el alma, algo así como el deseo loco de agarrarnos desesperadamente a las cosas pretéritas que, de puro viejas, intentan desaparecer, no sólo del escenario de la vida, sino de la pantalla de la memoria, cada vez más pálida, más desteñida, más borrosa. Pero sentimos la necesidad, como el náufrago, de asirnos a cualquiera tabla de salvación para seguir contemplando, aunque sea de lejos, el sereno mar del pasado, de lo que se fue para siempre, de lo que nunca más ha de volver.

Esta extraña inquietud que en mí ya va teniendo perfiles de angustia y de congoja, me mueve a trazar estas líneas tendientes a consagrar en ellas mucho de mi vida, no porque ésta tenga nada de importante que la haga digna de perdurar, sino por lo que tiene de vinculación con aquella casa inolvidable, la escuela queridísima de Tabasco, el Instituto "Juárez", de donde, al correr de los años, salieron tantos hombres ilustres que han dado y aun siguen dando prez y gloria al amado terruño.

Y tal inquietud ha subido de punto en estos días, avivada con la muerte de Carlos F. Hernández Ponz, que fue mi condiscípulo, y del profesor Arnulfo Giorgana, alumno y uno de los últimos directores del viejo instituto. Se van yendo todos los compañeros de la amable casona. Van desapareciendo poco a poco, fatal e inevitablemente, todas las abejas de la augusta colmena.



Uno a uno van cayendo en este eterno marchar por el árido y tortuoso camino de la vida. Por eso es indispensable e inaplazable esta labor, por medio de la cual fijaré siquiera los rumbos que otros seguirán para realizar la obra perfecta, la que habrá de perpetuar el nombre de la escuela y de sus hijos.

Con la ayuda de algunos compañeros Julián Urrutia Burelo, Vicente L. Melo, Daniel Gurría Urgell, Cpésar L. Casasús a quienes me dirigí suplicándoles hicieran un esfuerzo de memoria para recordar a todos y cada uno de los que ingresaron con nosotros en el instituto el año de 1897, he logrado reconstruir casi entera la lista de mis discípulos. Y he tenido que recurrir a este medio, porque desgraciadamente el archivo de la escuela ha desaparecido, al menos parcialmente. Agotada esa fuente, que debiera ser la más pura, he tenido que atenerme al esfuerzo bondadoso de algunos compañeros y a mi propia memoria, de suyo tornadiza y frágil. Esta circunstancia hará que flaqueen y claudiquen algunos datos y que omita yo, probablemente, no pocos nombres. De antemano pido indulgencia con la protesta sincerísima de mi buena fe.

Esta pobre obra no ha de ser sino de amor y reconciliación, porque el reloj del tiempo, cuyas manecillas corren sin detenerse un solo instante, nos va encariñando cada vez más y más con los seres y las cosas de aquellos días en que, jubilosos, iniciamos el divino bregar del pensamiento y porque el cansancio de la vida, limando antiguas asperezas y necios rencores de la juventud, nos va haciendo buenos.

Escribo con mucha paz en el alma. Comienzo esta labor, en pleno día, al calor de una luz artificial, porque esta mañana de otoño, como la pantalla de mi memoria y como aquellas tardes de amor de María Enriqueta, está nublada. La Luz la llevo por dentro. Luz clarísima que me ha de iluminar para la realización del bien y la verdad. Cierto que me siento cansado con la estorbosa carga de mis cincuenta y seis inviernos bien corridos, pero el grato afán de consagrarme por entero a una noble labor, a la de perpetuar siquiera una época de nuestra amada escuela, me vivifica y entusiasma de tal suerte que, a pesar de todo, tengo para mí que no he de vacilar ni menos he de rendir la jornada antes de tiempo.



---

Al través de los lirios y las bugambilias que festonan exteriormente mi silencioso gabinete de trabajo, rompiendo el sosiego de este apartado rincón de mis meditaciones, llegan hasta mí las frescas melodías de las Tardes de Tabasco, de Pedro Gutiérrez Cortés, que emergen evocadoras, de un radio vecino.

Sombras augustas y severas pasan junto a mí. Son mis viejos maestros que me guardan. Ellos buenos y piadosos han de poner luz en mi cerebro, dulce perseverancia en mi voluntad y temblores de ternura infinita en mi alma.





## II

Yo no sé si Tabasco será bello y hermoso. No obstante, a mí me lo parece, por lo menos cuando lo veo con los ojos de la imaginación. Y creo que, con rarísimas excepciones, todos los paisanos piensan lo mismo, sobre todo los que definitivamente han plantado su tienda, como yo fuera de sus tareas inolvidables.

Puede este Tabasco bello y hermoso, el de los ríos murmuradores y el de las selvas vírgenes, el de las sabanas inmensas como las pampas argentinas, el de las vegas de esmeralda y la música triste, permaneció por mucho tiempo como aislado de la cultura y de la civilización, sin más escuelas que las de enseñanza primaria y sin más hombres de letras que aquellos que, contando con sobrados recursos económicos, podían ir a abrevia en fuentes generosas de sabiduría en otras provincias o en la capital de la república. Así, los licenciados Miguel Duque de Estrada, Lorenzo Santamaría, Límbano Correa, Manuel Sánchez Mármol, Santiago Cruces Sastré, Rómulo Becerra Fabre aquel don Rómulo tan caballero, esclavo de la buena forma, prototipo de la decencia y algunos otros que no recuerdo.



Pero el pueblo tabasqueño, de suyo inquieto y cuidadoso de su mejoramiento, no podía permanecer por más tiempo en estas condiciones. Y el ambiente comenzó a saturarse del noble anhelo de fundar una escuela preparatoria y profesional donde pudieran hacerse hombres de provecho los hijos del Estado, sin necesidad de acudir a extraños centros de cultura. Y el anhelo se fue convirtiendo poco a poco en obsesión. Tomó cuerpo y bajo el gobierno del doctor Simón Sarlat, el 1° de enero de 1879 se hizo bella realidad, inaugurándose el Instituto "Juárez" de Tabasco.

La ceremonia de la inauguración del importante plantel educativo fue solemnísimas. Y con el fin de que no se perdiera en las sombras del olvido, se imprimió un folleto que pocos han de conservar ya y que contiene una reseña de la ceremonia y los discursos y versos que se dijeron en aquella ocasión. Mi padre don Trinidad Domínguez conservaba un ejemplar de tal folleto. Y el licenciado Joaquín Ruiz a la sazón gobernador del Estado ordenó que se reimprimiera en los talleres tipográficos del gobierno. Guardo en mi poder las dos ediciones del folleto; la última, de 1917, reprodujo íntegramente la primera, precediéndola de una página titulada: "A manera de prólogo".

El folleto es curioso por su prestancia histórica, en lo que se refiere principalmente a la historia de la educación cultural de Tabasco. Y contiene los siguientes trabajos:

a) Inauguración. Es una reseña escrita por el "redactor oficial" don Arcadio Zentella, persona de quien después hablaré con alguna extensión, porque su doble carácter de catedrático del instituto y de director general de instrucción pública, pesó mucho en la conciencia tabasqueña. No puedo resistirla tentación de copiar un emocionante párrafo de esta reseña: "Algo como una corriente eléctrica conmovió a todos los circunstantes. Tabasco, por medio de sus poderes, y hoy más que nunca fieles intérpretes de sus necesidades, veía llegada la realización de sus deseos; iban a abreviar sus hijos la ardiente sed del saber en el purísimo manantial de la ciencia. Todos estaban satisfechos. Allí no se solemnizaba un cambio de administración, que siempre deja descontentos, ni una nueva forma de gobierno, que siempre conmueve intereses arraigados, hiriendo profundamente a alguna clase



social. El acto que el Himno Nacional saludaba con sus marciales notas no era una victoria empapada en lágrimas de huérfanos y viudas; no el levantamiento de una de esas columnas que fabrica la soberbia, la gratitud o el encono, era el lazo de unión de todas las inteligencias, era la inauguración de un instituto, donde la ciencia hace desaparecer todas las fronteras, donde todas las nacionalidades se funden en esta sola: la verdad; donde el hombre viene a ser el ciudadano de la inteligencia. Por eso todos los corazones palpitaron con un mismo impulso y bajo un mismo sentimiento extranjeros y mexicanos sintieron humedecérseles los ojos”.

b) Discurso pronunciado por el C. Simón Sarlat, Gobernador del Estado de Tabasco.

c) Discurso pronunciado por el C. Lic. M. Sánchez Mármol, director del Instituto “Juárez” del Estado de Tabasco.

d) Discurso pronunciado por el C. Lic. Serapio Carrillo, prefecto y catedrático del Instituto “Juárez”.

e) Composición (versos) leída por el C. León A. Torre, catedrático del perfeccionamiento en la gramática de la lengua y de geografía e historia nacional. A la juventud tabasqueña.

f) Discurso pronunciado por el C. Manuel Foucher, en la inauguración del Instituto “Juárez”.

g) Discurso pronunciado por el C. Joaquín D. Casasús, en la solemne instalación del Instituto “Juárez” en San Juan Bautista de Tabasco, el 1º de enero de 1879.

h) Composición (versos) leída por el C. Gregorio H. De Dios, en la inauguración del Instituto “Juárez”. A la juventud tabasqueña.

i) Composición (versos) leída por el joven Félix Trilles Gil, en la inauguración del Instituto “Juárez” de San Juan Bautista.



Conviene recordar aquí que la vida del instituto se debió principalmente a la suma de cincuenta y dos mil pesos que para ese efecto cedió el gobierno de don Benito Juárez de los bienes nacionalizados del clero. Por esta causa el plantel lleva su nombre.

Bajo la competentísima dirección de Sánchez Mármol, hombre de letras, literato de fuste, novelista de brillo nacional, el instituto abrió sus aulas. Y a su internado llegaron muchachos de casi todos los municipios del Estado. Según datos que me ha dado el ingeniero Calixto Merino Quintero, los alumnos fundadores internos fueron los siguientes: por Teapa, Agustín Carrera; por Tacotalpa, Manuel Méndez; por Jalapa, Simón Calcáneo; por Macuspana, Joaquín Zacarías; por el Centro, Perfecto G. Pérez; por Frontera, Eligio Cachón; por Jonuta, José Angel Fabre; por Cunduacán, Pascual Maldonado; por Jalpa, Amelio González; por Nacajuca, Aurelio López; por Comalcalco, Onésimo Cortés; por Paraíso, Epafrodito Hernández Carrillo; por Cárdenas, Gregorio Fernández Gil, y por Huimanguillo, Aureliano Colorado. También estaban internos Justo Cecilio Santa Anna y Esteban Castillo. Como externos concurrían Higinio, Rafael y José Dolores Camelo.

El mismo informante me dice que en el año siguiente 1880 ingresó él en sustitución de Manuel Méndez, que sólo estuvo unos cuantos meses, y también su hermano Fernando Merino, mediante una cuota de treinta pesos mensuales; y que sucesivamente ingresaron como internos Adolfo Ferrer, Eduardo Rubio, Antenor Sala, Aquiles y Arcadio Zentella Sánchez, Regino Hernández León. . .

Por su parte el licenciado Julián Urrutia Burelo asegura que también fueron fundadores Darío López, Belisario Oropeza, Felipe de Jesús Peña, Fernando Santiago y Francisco y Antonio Soler Delgado. El propio licenciado Urrutia, transmitiendo una información de don Darío López, dice que Joaquín Zacarías fue verdaderamente notable en dibujo, pues por aquella época trajeron para el instituto muchos dibujos de Francia y que el tal Zacarías hacía copias tan exactas que se confundían con los modelos. Dice también que Pascual Maldonado se distinguió en geografía; que en un principio no sobresalía en esta asignatura, pero que a partir de un serio regaño que le dio el profesor por no saber la clase, se sintió tan herido por la dura observación



que más tarde, dentro del mismo curso del año, tuvo oportunidad de darle sus revolcones al propio catedrático. Parece que por los municipios de Montecristo, Balancán y Tenosique, no hubo alumnos.

El citado ingeniero Merino Quintero dice que del profesorado de aquella época, recuerda a don Arturo Belmont, de gramática castellana y francés; a don Ramón Moctezuma, de matemáticas; a don Demetrio Eustaciades, de raíces griegas y latinas; al licenciado Francisco Capetillo, de latín; a don Arturo Castillo, de historia patria; a don Joaquín D. Casasús, de historia universal; a don Arcadio Zentella, de física, geografía y cosmografía; a don Antonio Figueroa, de dibujo, y a don Alfredo Corneille, de inglés.

Es claro que no todos los alumnos a que me he referido antes hicieron carrera. No sólo esto, sino que ni siquiera podría decir con certeza quiénes llegaron a titularse. Sin embargo, señalaré a aquéllos de quienes tengo alguna noticia. Se graduaron de abogados, Amelio González y Regino Hernández León, de gran talento, sobre todo el segundo, y muertos ambos en temprana edad; Justo C. Santa Anna, también de claro talento, literato y poeta; nos dejó un tomo de versos y otro de leyendas tabasqueñas; Higinio Camelo, que figuró mucho en la curia tabasqueña; y Aureliano Colorado, que siempre litigó en su tierra natal y uno de los pocos supervivientes, con residencia actualmente en México. Notarios públicos, Rafael y José Dolores Camelo y Eligio Cachón, ya finados y Perfecto G. Pérez, que vive aún. Ingenieros, Aurelio López, Gregorio Fernández y Epafrodito Hernández Carrillo, que ya murieron. A Fernández le llamaban el Cura y murió de un tacazo en un billar de Cárdenas. Epafrodito era hombre nerviosísimo y muy inteligente que daba la impresión, al andar y al hablar, de ser un epiléptico. Su hijo Augusto, que fue mi alumno en Paraíso y que hoy es profesor de instrucción primaria, heredó algo de su nerviosidad y mucho de su talento.

Algunos de estos datos fueron corroborados por don Antonio Espejo Beltrán, vecino de ese puerto, bien amigo mío, muy conocido en Tabasco donde figuró mucho en la política durante la administración del general Abraham Bandala y quien también fue alumno del instituto en el año de 1880, un año después de su fundación.





# III

*Desde* entonces funcionó con toda regularidad nuestra escuela, como un perpetuo laboratorio del pensamiento, cultivándolo y purificándolo. Allí se pulían y aliñaban las malezas de todo el Estado. Allí se convertían en realidad los dulce sueños de la juventud.

Por eso para los padres de familia del Estado entero el mayor anhelo era que sus hijos ingresaran en el instituto, de donde habrían de salir, andando el tiempo y mediante los estudios correspondientes, abogados, ingenieros, farmacéuticos, contadores de comercio, notarios públicos o maestros de escuela. Y todos en general, cuando pasábamos frente a la vieja casona de la calle de la Constitución, sentíamos palpitar en el alma ese mismo anhelo y algo así como una extraña y misteriosa atracción nos arrastraba hacia el interior del templo donde sabios arúspices oficiaban ante el ara de Minerva.

En una tibia mañana de septiembre de 1897 nos inscribimos como alumnos de primero año de preparatoria alrededor de cincuenta adolescentes un tanto broncos y medio cerriles, pero todos anhelosos de luz como las mariposas.



Esa cincuentena de muchachos procedía principalmente de dos escuelas primarias, una oficial y laica y otra particular y religiosa, si bien los de esta última necesitaban obtener, como requisito indispensable para el ingreso y mediante examen a título de suficiencia, el certificado oficial del sexto año, ya que los estudios de las escuelas católicas no estaban reconocidos por la ley. Esas escuelas eran la “Manuel Romero Rubio” y la “Santa María de Guadalupe”. Sus solos nombres sirven para distinguirlas.

La escuela Manuel Romero Rubio, donde se estudiaban quinto y sexto años de la primera superior, estaba en la calle de Juárez, casi frente al edificio que fue del correo, entre las calles de Lerdo y Reforma. Era director de esta escuela don Ramón Moctezuma, eminentísimo matemático, cuyos conocimientos en tan importante materia los impartía así en esta escuela como en el instituto. Sin embargo, poco aproveché yo de su sabiduría, parte por mi poca dedicación al estudio y parte porque ya en aquella época el pobre don Ramón estaba muy agotado por las inclemencias de la vida que suele ser rencorosa cuando de ella se abusa.

En alguna ocasión se le ocurrió a Eduardo Pedrero llevar un chinín, acaso para comérselo a la hora del recreo o quién sabe si lo compró en la calle y pensaba llevarlo a su casa al mediodía. Uno de los profesores (Castro) le quitó el chinín y lo dejó sobre su escritorio que se alzaba sobre una tarima. Olvidaba decir que los profesores se turnaban. Cuando llegó don Ramón preguntó de quién era el chinín.

—Es mío —contestó Pedrero.

—Pues pase usted al pizarrón —le dijo.

Y como no supo la clave de aritmética, sigilosamente cogió don Ramón el chinín, se levantó del escritorio y llegándose en puntillas hasta el pobre Eduardo, que estaba de espaldas, se lo untó bruscamente en el pelo hasta dejarla la cabeza como embadurnada de engrudo, hecha un asco.



En sustitución don Ramón llegó a la Romero Rubio el joven profesor normalista veracruzano José Ochoa Lobato, que si no era un pozo de ciencia sí estaba dotado de grandes facultades para transmitir su saber. Siempre he creído que Ochoa Lobato fue el más pedagogo de todos los normalistas que a Tabasco llevaron el sistema Rébsamen y la buena nueva de la enseñanza moderna. Por eso lo he recordado siempre con cariño. Vive aún y todavía está consagrado al magisterio, no en Tabasco, sino en esta linda tierra veracruzana, como inspector federal. Pero su esposa es tabasqueña y su familia la formó allá, al calor de aquel sol tropical. Ochoa Lobato me transformó con la alquimia de su pedagogía. Me hizo estudiar. Me puso en condiciones de pasar, en el año de 1897, al Instituto Juárez. Fue mi redentor espiritual, ¡Con cuánto gusto escribo estas palabras! Y al volver los ojos hacia atrás —cuarenta y dos años atrás!— se alza frente a mí la severa figura de mi padre dulcificada por mi transformación y la bondadosa faz de mi madre vertiendo lágrimas de alegría. ¡Cómo pasa el tiempo! ¡Con qué facilidad se pierde la precaria vida del hombre en el mar de los años!

En esa misma escuela Romero Rubio tuve como profesores, aunque no todos simultáneamente, a don José N. Roviroso, a José Asunción Llergo, a Eusebio G. Castro, a Arturo F. Tapia y a Adán Zentella. El sabio naturalista Roviroso era ya ingeniero entonces. Castro y Tapia, que todavía viven, se recibieron de abogados, Zentella nunca obtuvo ningún título. Murió hace varios años. De estos tres últimos guardo recuerdos imborrables.

En un carnaval, la novia de Castro se disfrazó de monja, cosa que mucho desagradó a la clérigalla sanjuanera y un curita de apellido Fernández censuró y anatematizó muy acremente, por la prensa, la conducta de la que más tarde fue dignísima esposa del licenciado Castro. Éste, sin andarse por las ramas, le propinó una paliza de padre y muy señor mío, una bella tarde en que el fraile se paseaba solitariamente por el Playón, contemplando la austera corriente del Grijalva, a la hora en que las áuras murmuradoras del río elevan su oración hasta el divino azul de lo infinito. Varios meses después del castigo el curita Fernández pagó su obligado tributo a la naturaleza.



Tapia. íntimo amigo de mi padre, le dio malísimos informes de mi conducta. En esa época mi padre estaba construyendo una casita de madera en la esquina de las calles de Zaragoza y Abasolo. Y un buen día, con marcadas muestras de contrariedad y amargo enojo, me dijo:

-Como no quieres estudiar, ya no irás más a la escuela. Desde hoy serás bestia de carga y acarrearás la teja y la madera para la construcción de la casa.

Y como lo dijo lo hizo. Me convirtió en bestia de carga casi casi a sol. Y así habría seguido tal vez indefinidamente si mi buena madre intercede para ablandar el rigor paternal.

Adán Zentella, por no recuerdo qué fechoría, me dio una paliza que me dejó adoloridas las espaldas por muchos días, a pesar de lo cual nunca le tuve mala voluntad y, años después, cuando pudimos tratarnos de tú a tú, fuimos muy buenos amigos.

De esta escuela salieron conmigo para el instituto los siguientes muchachos: Jualián Urrutia Burelo, Félix Fulgencio Palavicini, Gregorio Castellanos, Gustavo y Vicente Melo, José Ibarra, Eduardo Pedrero, Pompeyo Avalos, Francisco de la Guardia, Gustavo Sosa, Raúl Mendoza, Adolfo Payán y creo que también Antonio Hernández Ferrer.

Procedentes de la escuela de Santa María de Guadalupe llegaron al instituto: Salomó Herrera, César y Tomás Casasús, Pepe y Carlos Hernández Ponz, Manuel y Daniel Gurría Urgell, Fernando López, Carlos A. Vidal, Juan Pizá Martínez, Federico Martínez de Escobar, Toñico Pomar y Juan Fernández Veraud.

También ingresaron en el instituto algunos de otros preparados especialmente por profesores de la capital, normalistas veracruzanos Ochoa Lobato e Ismael E. Christén, y otros más que llegaban de las municipalidades, igualmente bien preparados, pues entre los maestros foráneos los había de muy limpia ejecutoria en materia de competencia, como fueron don Matías



P. Piedra, de Jalapa —que ya murió— y don Marcos E. Becerra, de Tacotalpa; don Límbaro Blandín, de Macuspana, y don Rosendo Taracena, de Cunduacán, que viven aún. De todos estos muchachos recuerdo a los siguientes: Ruperto Jiménez Mérito, Gil Segundo Gil, Hilario Becerra, Nicanor González, Miguel Ángel Gil, Martín Gonzalí, José Ocampo, Carmen H. De la fuente, Antonio Padrón, Manuel Balboa y Pepe Herrera. Llegaron también de Pichucalco, Chiapa, César Córdoba y Narciso Contreras.

La escuela Santa María de Guadalupe era el centro escolar más importante en aquel entonces y allí se daba cita la aristocracia de dentro y de fuera de la capital del Estado. A ese centro concurrían los niños de las familias acomodadas y casi todas católicas. Había por la misma época en San Juan Bautista otra escuela católica destinada al pueblo en la que no se pagaba y en la que yo estuve, que se llamaba “El Sagrado Corazón de Jesús. Cuando fue su alumno estaba en aquella casa que tiene do frentes: uno da a la calle de Zaragoza y otro al conocidísimo cuchitril donde tenía su oficina el famoso don Polo Valenzuela, aquel viejo simpático y socarrón que, según la conseja popular, tenía tratos con el diablo. Poco tiempo estuve por cierto en esta escuela. Salí de ella después de un desagrado morrocotudo. Sucedió que uno de los clérigos que atendían la enseñanza, un tal Contreras de cuyo nombre no quisiera acordarme, castigóme por no sé qué falta. Esto hizo que mi madre se presentara en la escuela para indagar la causa de mi castigo. El tal Contreras la vio sin disimulo con ojos de codicia, me levantó el castigo y aun me dijo, cuando mi madre se retiró, que era muy guapa y algo más que me sublevó contra él de tal modo que lo insulté como nadie en la vida lo había insultado, violento, encolerizado loco y me salí de aquella aula maldita para nunca más volver, con el alma envenenada, con este rencor que jamás he podido extirpar y que ha sido la base de mi radicalismo en materia religiosa y mi odio a todo lo que huele a sotana. Este es el único rencor que no he podido y que no podré nunca suavizar en mi vida.





---

# IV

*Aquella* tibia mañana de septiembre había llovido. ¿Qué mucho que lloviera, si en Tabasco, durante el año, seis meses son de aguas y seis de aguaceros? Muy temprano me despertó la vibrante vocinglería de unos pistoqués revoltosos que elevaban su canción matinal desde la fronda escueta de un cocohite.

Se trataba de la inauguración de los cursos. Todos llegamos muy arregladitos, porque en aquella época todavía era costumbre vestirse con los mejores trapillos para ir al instituto. No sólo. Desde la Romero Rubio ya eran obligatorios el saco y los zapatos. Los de primer año, esto es, los que acabábamos de entrar, los nuevos, andábamos maravillados viéndolo todo, observándolo todo, recorriendo y conociendo arriba y abajo el viejo edificio de la escuela.



El discurso inaugural estuvo a cargo del licenciado Manrique Moheno, profesor de gramática española y hermano del que, años después, fue escritor fecundo, político desventurado y orador parlamentario de primera fuerza. Del discurso no recuerdo, naturalmente, ni una sola palabra. Ni siquiera puede dar con el tema. Es que de entonces acá no ha llovido poco. Creo que es demasiado que pueda recordar estos breves pormenores. La ceremonia fue sencilla y solemne. Y la presidió —claro está— el licenciado Gustavo A. Suzarte, director del establecimiento. También estuvieron presentes, además de los profesores, el secretario —estudiante de leyes, Fernando Duque de Estrada— y el tesorero don Antonio Martínez Marín. Porque es bueno aclarar que hasta esa fecha todavía manejaba sus fondos el instituto y conservaba cierta independencia para el régimen interior, si bien ya no existía el internado con que se inauguró, pero aún había algunas becas que concedía el gobierno a los alumnos que querían dedicarse a la pedagogía, para prestar después sus servicios al Estado como profesores.

Terminada la ceremonia de inauguración, comenzaron las clases. Mejor es decir que no hubo clases, porque los catedráticos sólo pasaron lista, nos exhortaron al estudio y nos marcaron lecciones que nos parecieron muy largas.

En primer año se estudiaba: gramática, primer curso de matemáticas, geografía, primer curso de francés y latín.

El profesor de gramática faltaba mucho, casi no asistía a clases. Por algún tiempo lo sustituyó Joaquín Pedrero Córdoba, entonces aprovechadísimo estudiante de último año de preparatoria, hoy eminente ingeniero civil y a quien todos llamaban cariñosamente Joaquinito. Pocos meses después fue nombrado profesor de esta asignatura el licenciado Carlos María Saavedra, oriundo de Jalapa-Enríquez, quien, además ocupaba el puesto de secretario general del gobierno. Pulcro en la extensión de la palabra era el licenciado Saavedra. La clase era alternada de once a doce de la mañana y teníamos como texto la gramática de la Academia. Generalmente esperábamos al profesor en la puerta del colegio y nos divertía verlo que siempre iba leyendo algún periódico y abanicándose como una señorita. No



desconocía la asignatura, pero acaso habrá sido más a propósito para catedrático de urbanidad, porque en esto era exigente y hasta un poquitín amanerado. Con todo, nunca supimos apreciar sus cualidades, antes fuimos con él injustos e insufribles hasta agotarle la paciencia. Casi nunca sabíamos la clase. Un día, requerido Fernando López para dar la lección, se puso en pie, se pasó la mano por la cabeza alisándose el pelo, se arregló la corbata, se cogió el saco por la solapa con ambas manos, tosió, volvió a toser y después de hacer no sé cuántas piruetas más de mala ley y cuando el profesor esperaba pacientemente el resultado de toda aquella larga preparación, le dijo lacónicamente: "No sé la clase", y se sentó. Una carcajada general retumbó en el aula y todos, festejando la impertinencia de Fernando, brillamos en esa ocasión por nuestra mala crianza. ¡Cuántas veces he pensado en esa inconsciencia de la juventud que o sólo nos impide adquirir conocimientos de maestros buenos e idóneos, como el licenciado Saavedra, convenido de nuestra incuria, dos meses antes de los exámenes renunció la cátedra. Lo sustituyó el licenciado Gonzalo Acuña Pardo, quien, desconociéndonos por entero, nos trató tan bien en la prueba final, que todos salimos aprobados. Por cierto que al propio licenciado Saavedra, en su carácter de director interino del plantel. Le tocó firmar nuestros certificados de fin de curso, por lo cual, con cara de asombro y de burla y aun de merecido desprecio, nos decía: "¿Pero usted pasó? ¿Qué cosa tan extraordinaria! ¿Usted pasó, amiguito? ¿Y con tan buena calificación? ¿Cómo me equivoqué con usted! ¡Quién lo hubiera creído!". Andando el tiempo he procurado sacarme aquella envenenada espina. Mi afición a las letras me ha hecho dedicarme un poco al estudio de la gramática y, más que esta afición, la convicción que tengo de que un profesional que no sabe escribir con más o menos corrección es el ente más ridículo del mundo.

El texto de francés era Desfontainés, que aún guardo en mi poder como reliquia de inapreciable valor. Era profesor don Domingo Dorta, conocido más bien por el sobrenombre de Monsieur Dortan. El pobre vive aún, pero paralítico. Su vida es extraña e insólita. Hijo de italiano, su padre lo envió a Europa a estudiar, y estudió idiomas. Aprendió inglés, alemán, italiano y francés. Volvió a la tierruca hecho un verdadero poligloto. Era hombre de agradable continente y muy fuerte: un atleta. Algún tiempo fue



también profesor de gimnasia. Cuando conocí a Dorta, que fue precisamente en la clase de francés, usaba lentes, bombín y chaquet. Era correctísimo. Era un gentleman. Acababa de ven de Europa, después de permanecer largo tiempo en Inglaterra, Francia, Alemania, Italia y algunos otros países del Viejo Mundo. Poco a poco fue desprendiéndose de aquellas elegantes prendas de vestir. Ya no usaba bombín, sino sombrero carrete: dejó el chaquet por el saco: después cambió el saco por la filipina; y, tras de muchos años, cuando ya había dejado d ser catedrático del instituto, tiró la filipina y la camisa para quedarse en camiseta y en lugar del sombrero carrete se puso el típico chontal. ¿Qué fenómeno de regresión se operó en el siempre correcto y atildado Monsieur Dorta? Defina el caso Gustavo Le Bon. Lo único que puede decir es que como profesor lo quisimos bien y que yo en lo particular aprendí algo de la lengua de Balzac, puesto que hace apenas dos años y después de cuatro décadas de no practicarla, traduje y publiqué Un Souvenir de Solferino, la bellísima obra de Henri Dunant, precursora de la fundación de la Cruz Roja.

El texto de geografía era la obra de don Miguel E. Schulz, que también conservo con amor entre mis libros e aquel tiempo inolvidable. Era profesor e la materia don Manuel Díaz Prieto, quien, no obstante la buena posición burocrática que ocupó durante la administración del general Bandala, acaba de morir en la miseria hace apenas un año. Destacóse en la clase de geografía Pepe Hernández. Nos deslumbraba a todos con sus conocimientos de raíces griegas y latinas explicando la significación de las palabras geografía, orohidrografía, hidrógeno, meteorología, astronomía y otras semejantes. Don Manuel le decía el sabihondo de la clase. También Jiménez Mérito se distinguió, como alumno inteligente y estudioso. Se distinguieron muchos más, por supuesto. Yo era del montón. Cuando no sabíamos la lección, don Manuel nos hacía copiarla una, dos o tres veces. El trabajo de copias era un jugoso arbitrio para Pompeyo Avalos y Miguel Angel Gil, a quienes se las pagaban los adinerados, porque tenían muy buena letra y escribían con rapidez. El día del examen no andaba yo muy seguro y tenía mucho miedo; pero –aunque no con muy altas calificaciones– salí aprobado. El mismo día del examen de geografía caminaba yo, a la anochecida, por la calle de la Constitución, cuando oí



que alguien me hablaba por detrás. Era el licenciado Horacio Jiménez, que tanto quiso a mi padre.

—¿Te examinaste hoy en geografía? Me preguntó.

—Sí, señor.

—¿Saliste aprobado?

—Sí, señor.

—¿Viste si le entregaron a Díaz Prieto una tarjetita a la hora de tu examen?

—Sí, señor.

A punto estuve de besarle las manos a aquel hombre bueno que tanto se interesaba por mí y cuya temprana muerte me privó de mejor y más eficaz ayuda. Siendo diputado al Congreso de la Unión murió en este puerto de un violento ataque cardíaco.

El texto de matemáticas —aritmética y álgebra— era el de Contreras, nombre que por no sé qué raro sortilegio se me grabó en el alma, de tal suerte que cuando, en diciembre de 1914, de improviso me di en el Tepeyac con una tumba que ostentaba ese nombre —Manuel María Contreras— sentí palpar con violencia el corazón y un tropel de recuerdos me nubló los ojos. Profesor de esta materia era el ingeniero Pedro Lira, oriundo de quien sabe dónde. Hombre de carácter fuerte, fue excesivamente duro con toda la clase. Para él nadie sabía nada, nadie estaba ni siquiera medianamente preparado para ese primer curso de matemáticas, puede ser que tuviera razón porque, en rigor de verdad, casi nadie sabía escribir cantidades de más de seis guarismos. Recuerdo que el único que dio la talla en ese sentido fue Gil Segundo Gil, único también para quien el ingeniero Lira tenía elogios tan cálidos que nos deprimían. Lo cierto es que los muchachos fuimos poco a poco desertando de aquella clase ingrata, convencidos de nuestra



incapacidad. Por fortuna aquel sujeto tuvo que salir de Tabasco, no sé por qué causas, y lo sustituyó don Ismael Christén, profesor normalista veracruzano muy dedicado a la ciencia del de Samos, circunstancia que nos vino a salvar porque todos volvimos a la clase, aprendimos a escribir cantidades con tanta corrección como Gil Segundo y, mal que bien, pasamos el año.

Por lo que hace al latín teníamos como texto a Raimundo Miguel. El catedrático era el doctor Fernando Formento, hombre de vasta y enciclopédica cultura, pero de pocas aptitudes para la enseñanza. Era sumamente receloso. Veía de soslayo. No se fiaba de nadie, sino en casos verdaderamente excepcionales. Yo llegué a ser grande amigo suyo, si bien no en aquella época, sino en años posteriores. Cuando comprendió que mis constantes consultas eran sinceras, me abrió generosamente y sin tasa la urna de sus conocimientos. Por eso lo recuerdo y lo recordaré siempre con el más hondo cariño.



# V

*¡Cómo* me conforto espiritualmente con sólo recordar aquella época feliz de mi adolescencia! Me veo trotando por los rumorosos alrededores de la ciudad y no pierdo de vista ni el callejón de Puerto Escondido que, antes de llegar al teatro Merino y partiendo de la calle de Zaragoza, nos llevaba directamente a la carpintería de don Patricio Castro; ni el Playón, donde tantas veces contemplé la puesta del sol y las policromías del crepúsculo, tan parecidas, por la variedad de colores, a las calcomanías pegadas en mis libros; ni la laguna de la Pólvara, ni el Mustal, ni aquellas pozas turbias y famosas del camino de Tierra Colorada donde aprendí a nadar, ni los guayabales de Mayito, ni tantas cosas más que me afligen y estremecen. Es que no hay quien no lleve en el alma a Jorge Manrique y por eso creemos que todo tiempo pasado fue mejor.

El 8 de diciembre, día de la Concepción, festejábamos al prefecto del colegio, que se llamaba don José Concepción Díaz, más conocido por Don Concho. No vivía don Concho en San Juan, sino en Atasta, y allá íbamos todos a saludarlo, más que por esto claro está por gorrear las clases de aquel día y divertirnos a más y mejor, si bien esto no quiere decir que no sintiéramos ningún afecto por aquel buen viejo. Eso no. lo veíamos con cariño, aunque él era el encargado de vigilar nuestros encierros en la covacha y, en general, de hacer cumplir los castigos que los profesores nos imponían,



porque en el alma de la juventud siempre hay nobleza y generosidad aunque muchas veces espíritus perversos o farsantes tuerzan torturen sus naturales inclinaciones.

En algunos de estos onomásticos la escandalosa tropa resolvió no volver a pie la capital, sino en los tranvías de Maldonado que por entonces eran los únicos que hacían el servicio interciudadino. Años después se estableció el de la Compañía Industrial de Transportes que regenteó don Alberto Correa.

Resuelto pues, hacer el regreso en aquellos tranvías, tomamos por asalto el primero que pasó. Y comenzó la bronca. Por pronta providencia nos negamos a pagar el boleto de pasaje: quien más quien menos iba sin un centavo en el bolsillo. Por orden del conductor, el tranvía se detuvo para obligarnos a pagar o bajarnos. Ni pagamos ni nos bajamos. Gritos. Insultos. Amenazas. Rompimos las cortinas del carro, quitamos de su sitio al cochero, le arrebatamos el látigo y descargándolo sobre las bestias de tiro, echamos a andar el maltrecho vehículo. Al llegar a San Juan intervino la autoridad, declaramos loco al conductor y cada quien se marchó a su casa riendo de buena gana por lo acontecido, sin sanción de ningún linaje por el atropello ni por aquel daño en propiedad ajena. Porque ni don Pánfilo Maldonado, como dueño de los tranvías, ni la autoridad misma, se atrevieron nunca a proceder contra la grey estudiantil.



# VI

Otro personaje que baila en el amplio salón de mis recuerdos, haciendo mil piruetas, es don Manuelito Valenzuela, el conserje del instituto. Viejo, gordo, chaparro, panzón, pintoresco, amable y rubicundo, tocaba el requinto de la banda de música de don Guillermo Eskildsen. Por supuesto que ya para aquella época muy poco era lo que tocaba, quiero decir, lo que podía tocar, porque andaba un tanto temblecoso. Con frecuencia se le enredaban los pelos del bigote en la cañita del requinto.

A propósito de este personaje, alguien escribió una cuarteta que Gil Segundo Gil me ha recordado. Dice así:

Aquí de un ronco requinto  
rondan rústicos rugidos,  
rotos, rancios y raídos,  
que rugen en el recinto.

Cariñosamente le llamábamos, como dicho queda. Don Manuelito. También vivía en Atasta y también lo agasajábamos como a don Concho. Su función principal era guardar el orden, no obstante que su sola presencia era, muchas veces, motivo de desorden. Estaba encargado igualmente de tocar la campana que indicaba las horas de clase.

¡Pobre don Manuelito! ¡Cuántas guasas pesadas le hacíamos! Le escondíamos el sombrero, le robábamos los cigarros o las cerillas, le dábamos



recados falsos de los catedráticos. Algunas veces, por supuesto, las chirigotas; las bromas fueron demasiado ordinarias. Una vez se encontró con que no podía tocar la campana, porque le habías desprendido la cadena. Otra vez, revestimos de cera el badajo, de tal forma que cuando don Manuelito quiso anunciar una hora, se hizo un lío, porque con verdadero asombro para él vio que el badajo se quedó pegado a la superficie interna de la campana.

—¡Ah, qué malditos muchachos! —decía, entre risueño y contrariado.

Pero hubo algo que sólo pudo ocurrírsele a un muchacho que siempre se distinguió por sus ideas un tanto cuanto macabras y diabólicas. Mas bien fue una grosería de a filio. En el momento en que iba a tocar la campana, don Manuelito la observó previamente para ver si no tenía cera o si no le faltaba la cadena. Convencido de que no había ninguna maléfica preparación, procedió confiado a anunciar la hora. Pero habiendo advertido que los dedos se le resbalaron sobre algo húmedo y pastoso que estaba untado en la cadena, instintivamente se llevó la mano a las narices y con mucha contenida rapidez la retiró haciendo un gesto de profunda repugnancia tras de lo cual pronunció, a sovoz, como para que nadie lo oyera, de pura pena, para evitar que los muchachos que lo circundaban, se riesen o burlasen de él, pronunció, digo, aquella tremenda palabra que hizo célebre al conde de Cambronne en Waterloo.

¡Pobre don Manuelito! A pesar de todas las majaderías de que fue víctima, los muchachos lo quisimos siempre. Ha mucho tiempo que desapareció del mundo de los vivos. Dicen que cuando murió los alumnos del instituto lo acompañaron, con esa sincera pesadumbre de las almas jóvenes, hasta su última morada.



# VII

*Entre* los estudiantes que nos llamaban la atención, recuerdo a los dos González (Agustín y Miguel), de Teapa; Ramón Becerra, de Macuspana; José G. Concha, de Nacajuca; Matías Martínez, de Huimanguillo; el Chato Calzada de Teapa también, y Juan Santamaría, no sé si de San Juan Bautista o de Tacotalpa.

Los Gonzalitos sobresalieron por su dedicación al estudio, por su seriedad, por su eterna renuencia a gorrear una clase. No eran parejos. Agustín vive aún en México, donde ejerce honestamente la abogacía. Miguel se graduó también en leyes y ejerció en Tabasco. Ignoro qué causas hayan influido en su carácter que lo hicieron adusto y agrio. Antes que la moda introdujera los pantalones anchos que hoy se usa, él los llevó con tal exageración que ello dio lugar a que le pusieran el mote de Calzón Bastante. Yo creo que en sus últimos tiempos se puso neurasténico, porque acabó pegándose un tiro.

Matías Martínez brillaba, más que por su inteligencia, por su extraordinaria memoria. "Este es un bruto, un bárbaro", oía yo decir a propósito de las maravillas de memorización que hacía. En esa época estudiaba química, y había memorizado casi todas las fórmulas de los metales y metaloides, ácidos, bases, cuerpos neutros, sales, es decir, todas o casi todas las fórmulas de la nomenclatura de los cuerpos simples y compuestos. Y cuando estudió matemáticas se aprendió, de memoria también, las tablas de Calais. Por cierto que un grupo de muchachos de los desertores de la cátedra del ingeniero Lira recibía de él clases de aritmética y



álgebra mediante la sustanciosa retribución de un sisote por cada clase. Porque Matías era un comilón de cuenta. Terminada su preparatoria, marchó a México a estudiar medicina. En México azoró también su potente memoria. No obstante lo cual, cuando ya estudiaba el último año, destripó —según cuenta— por una decepción profesional.

Ramón Becerra estudiaba tercero o cuarto año de preparatoria, pero se separó de la escuela para trabajar en el gobierno como ayudante de Bandala, a quien sirvió con lealtad hasta el último día de su administración. Las grandes relaciones que hizo en aquel puesto le han servido de mucho para abrirse paso en la lucha por la vida, sobre todo hoy en que, por la ceguera absoluta y definitiva que padece, tanto necesita de la ayuda de sus amigos.

José Guadalupe Ochoa llegó de Nacajuca a la escuela Romero Rubio, donde estudió el sexto año de primaria y pasó al instituto un año antes que yo. Era hijo de don Eugenio Mier y Concha, el patriarca del pueblo, jefe político ad perpetuam de la tierra de los quesos. Hablaba hasta por los codos y nos deslumbraba con sus conocimientos en geografía e historia. Siempre tenía en los labios los nombres del Aconcagua, el Chimborazo, el Amazonas, el Nilo Azul, el Ganges sagrado, y Cronwel, y Galileo, y Franklin, y Confucio, y las siete maravillas del mundo. Lo bautizamos por El Sabio Concha. Era además muy afecto a los estudios de física recreativa. Se graduó de profesor de instrucción primaria elemental. Llegó a ocupar el puesto de director general de instrucción pública en el Estado de Hidalgo y hace como veinte años que murió. Alguien me ha asegurado que una calle de la ciudad de Pachuca lleva su nombre.

Lorenzo Calzada, alias El Chato, estudiaba leyes, pero no por eso deja a de mezclarse con los preparatorianos, como un verdadero camarada. Antes sentía verdadera satisfacción de hacerlo así. Era el tipo más popular del instituto. El Chato nos preparaba en gramática, en geografía, en historia, en literatura. Ya entonces comenzaba a cabalgar en el potro del periodismo. Aun salido de las aulas, siguió siendo constante y eficaz estímulo para varias generaciones. A todos nos trató siempre con igual llaneza. En ese año murió



triste y solo en su ciudad natal, en Teapa, la Sultana de la Sierra, envuelto en la túnica de sus eternos sueños. Con ocasión de su muerte escribí un artículo que se publicó en El Dictamen de esta ciudad de Veracruz, en la revista HOY de la capital de la república y creo que también en algún periódico de Tabasco.

¿Y Juan Santamaría? ¡Ah! Este es un caso de difícil estudio y de más difícil resolución. Me tiembla la mano al comenzar a narrar la tragedia de este estudiante desventurado, porque no sé si contra mi propósito, faltaré a la verdad en algún pormenor del relato y con ello contribuiré a sembrar más aún la duda. Juan Santamaría era un muchacho muy pobre. Su madre vendía pollos y gallinas en el mercado. De aquí le vino el remoquete de Juan Pollito, con que todos lo conocíamos. Pero siendo de un talento tan claro, con la ayuda de algunas personas de buena voluntad —principalmente del profesor José Ochoa Lobato— entró en el instituto, donde hizo con espléndida brillantez sus dos primeros años de preparatoria. Yo lo conocí estudiando el tercer año. Como todo hombre de talento, era rebelde. El director de la escuela prohibió un día que nos estacionáramos los alumnos en la esquina de la propia escuela, bajo la advertencia de severos castigos, y Juan, desafiando la admonición, varias veces estacionó en aquel sitio hasta que fue definitivamente expulsado del colegio. Parece que en aquellos días ya empezaba a beber sus copas. Y con la expulsión, vino el desencanto, el derrumbamiento de ilusiones, el desprecio a la vida, y el vicio prendió sus garras en aquel pobre organismo. Varios años después lo encontré en Tacotalpa, presa ya del delirium tremens, caído en las calles, alcoholizado hasta la imbecilidad, pero recordando con asombrosa y admirable precisión todo lo que en la escuela aprendió y recitándolo con aparente lucidez como por obra de magia o de encantamiento. No sé si el hecho sucedió tal como I he referido. Si así fue, el castigo me parece excesivo. Se rompió una vida. Se truncó un anhelo. Se apagó una estrella, cuando apenas empezaba brillar. Ahora bien, el licenciado Suzarte siempre tuvo fama de bondadoso y justiciero. A muchos que lo trataron de cerca, nunca les oí más que frases de elogio para aquel hombre. El propio Chato Calzada en carta que Pancho Santamaría publica en El Periodismo en Tabasco —pág. 91— dice . . . “Gustavo A. Suzarte, el dignísimo Director del Instituto “Juárez”, con quien nuestra



---

tierra tiene contraída una deuda sagrada de gratitud”. Frase que Pancho comenta así: “La gratitud no puede nunca ser corta, y así, está bien que todo esto se diga del Lic. Suzarte”. Mi cariño a la escuela, que con la pérdida de Juan Santamaría perdió, sin duda, a uno de sus mejores heraldos; mi cariño al propio amigo, víctima de tanta desdicha, y ese complejo de rebeldía que llevamos oculto y muchas veces a flor de piel contra las cosas incomprensiblemente extrañas de la justicia terrenal, me han hecho pensar siempre en el triste caso de Juan Pollito, en aquella vida rota, en aquel anhelo trunco, en aquella estrella que se apagó, cuando apenas empezaba a brillar. Y no he podido conciliarme con la figura adusta y severa de don Gustavo.



# VIII

*Dije*, líneas atrás, que el licenciado Carlos María Saavedra ocupó interinamente la dirección de la escuela. Este interinato fue brevísimo, ocasionado por la violenta separación del licenciado Suzarte, y mientras el gobierno designó al doctor José María Irys. Este doctor Irys no estaba ligado por parentesco de ninguna laya con nuestra conterránea Esperanza, la reina de la opereta. El doctor Irys, persona por muchos conceptos apreciablesísima, fue sustituido, a su muerte, por el licenciado Gonzalo Acuña Pardo, quien permaneció al frente de la dirección del establecimiento entiendo que hasta el año de 1914, aunque en el de 1911, si mi memoria no me engaña, fue suplido transitoriamente por el licenciado Luis Graham Casasús primero y después por el doctor Juan Graham Casasús. El licenciado Gonzalo Acuña Pardo fue uno de los que más duraron en la dirección del plantel. Al menos en el período comprendido de 1897 al triunfo de la revolución.

El licenciado Acuña Pardo, como hombre de claro talento, de trato exquisito y de innatas cualidades pedagógicas, supo conquistarse buenas voluntades en todas las generaciones de muchachos que desfilaron durante su administración. De todos los que lo conocimos de cerca y lo tratamos con más o menos intimidad, no hay quien no se exprese de él con afectuosa simpatía.

La revolución, que barrió ciegamente con todos los elementos del antiguo régimen, lo obligó a salir del Estado, como a tantos otros. Algo más



de un año permaneció expatriado en Estados Unidos, de donde volvió a principios de 1916. Yo tuve el gusto de atenderlo y servirlo en este puerto en momentos en que me encargaba transitoriamente de la secretaría general del gobierno de Veracruz.

Posteriormente se estableció en el puerto de Tampico, como jefe del departamento legal de la New England, compañía petrolera que siempre correspondió con largueza sus servicios profesionales. Hoy está jubilado. Vive cansado y enfermo, con la intensa amargura de la trágica muerte de Servio Tulio Acuña, su sobrino, a quien atendió y formó con verdadero y amoroso interés paternal, pero con la satisfacción inmensa de haber dado carrera a todos sus hijos y de gozar, como la mejor compensación que la vida podría darle, de la estimación general de sus viejos discípulos y compañeros.

El licenciado Acuña ha sido uno de los mejores pregoneros de la fama de nuestro querido instituto, no sólo por su talento jurídico, sino por su honradez profesional.



## IX

De aquella época es forzoso recordar y consagrar algunas líneas especiales a ciertos maestros inolvidables, como Christén, don Constantino Maldonado, don Arcadio Zentella.

Ismael E. Christén no era tabasqueño, sino profesor normalista veracruzano, discípulo de Rébsamen, pero le dio su vida entera a Tabasco. Hombre inteligente, culto y especializado en matemáticas, sustituyó en esta cátedra al ingeniero Lira. De carácter afable, pronto se conquistó la simpatía de alumnos y profesores. Después de más de treinta y cinco años de muerte, lo recordamos con cariño. Cuando cayó enfermo, lo cuidamos por turnos sucesivos todos los que trabajábamos en las escuelas oficiales como ayudantes. Su muerte fue honda y sinceramente sentida. A propósito de su enfermedad y muerte, debo recordar un hecho que demuestra las admirables aptitudes pedagógicas de Ochoa Lobato, quien se prestó gustoso a suplir a Christén en la clase de matemáticas, no obstante que Ochoa nunca había dado trazas de conocer la materia, antes bien puede asegurarse que la desconocía. Yo asistí como alumno a la primera clase de Ochoa Lobato y me mandó al pizarrón para desarrollar y demostrar el teorema de Pitágoras, más conocido por el nombre vulgar del paso del macho: "El cuadrado levantado sobre la hipotenusa es igual a la suma de los cuadrados levantados sobre los catetos". Ciertamente, Ochoa no conocía la materia, pero se preparó de tal modo que, en verdad, nunca había oído yo explicaciones tan claras, tan lógicas, tan convincentes, como las de Ochoa Lobato en aquella memorable ocasión.



A don Constantino Maldonado le llamábamos Don Tino. Era anticlerical y le gustaba hacer alarde de su liberalismo. Él era la excepción entre su larga familia cuya divisa fue la religión. Era catedrático de historia patria y general. En ambos cursos fui su alumno. Creyéndome mezclado en cierto escándalo que le hicieron los muchachos en la clase de historia patria, me expulsó de ella definitivamente, circunstancia que me hizo estudiar con verdadero tesón, temeroso de ser reprobado. Un día en que me encontré sentado en los bancos de los corredores me dijo: "Amiguito, estudie usted mucho si no quiere que lo repruebe". Los exámenes estuvieron ese año efectivamente muy fuertes. Hubo una verdadera reventazón. El grupo en que yo me examiné constaba de cinco, y dos fueron volados: Pompeyo Avalos y creo que Gollito Castellanos, un buen estudiante. No sé ni cómo me salvé de la quema. Don Tino era un hombre bueno, indudablemente, pero —por desgracia— no inspiraba simpatías. Los muchachos vivían haciéndole majerías. En cierta ocasión le ahumaron los espejuelos y de esta guisa le hicieron creer que el cielo estaba nublado, oscuro, que iba a llover, y se suspendió la clase. Como no quería que los alumnos escupieran en el suelo durante la clase, no lo dejaban descansar a tanto pedirle permiso para salir a escupir fuera del salón. Esto dio lugar a que, a petición suya, se pusieran escupideras; pero entonces no se podía escuchar por el ruido de las escupideras, pues los muchachos se las pasaban entre sí con los pies, hasta que de nueva cuenta se suprimieron. Don Tino tomaba la lección al pie de la letra, y como alguna vez sorprendió a un alumno leyendo en su propio libro, dispuso que nadie más llevara su texto a clase. A la siguiente no pudo tomarla, porque nadie lo llevó. Luego dispuso que todos los muchachos pusieran sus libros sobre la propia mesa del profesor, y como cada uno tenía no menos de cinco libros, llevados ex profeso, se levantó una verdadera montaña sobre la mesa, que impedía la vista entre el catedrático y sus alumnos. Sería interminable la lista de las majaderías de que fue víctima don Tino. Hace varios años que murió. No tuve oportunidad de saludarlo cuando, por última vez, pasó por este puerto. Lo habría abrazado con positiva emoción, porque a través del tiempo y la distancia sentimos hondísimo afecto por todas aquellas personas que compartieron con nosotros la miel de su sabiduría. Al recordar el nombre de este inolvidable maestro, no puedo dejar de pensar en su hija Bolivia, la romántica poetisa, autora de aquel hermoso



poema titulado El Guatopal que alguna vez leí con verdadera fruición. ¡Pobre Bolivia! También ella nos abandonó para siempre.

Y en cuanto a don Arcadio Zentella no es poco lo que hay que decir, porque fue de los profesores de más definida personalidad en el instituto. Dábamos con él la física de Langlebert. Tengo presente el numeroso grupo y no puedo olvidar las extrañas sensaciones personales que día a día iba recibiendo con los nuevos conocimientos: los fenómenos del imán, el disco de Newton, los hemisferios de Magdeburgo, el principio de Pascal, el anillo de Gravesand, la teoría de los vasos comunicantes y qué sé yo cuántas cosas más que se antojaban brujerías. Mas aquella interesante página de la marmita de Papin, siempre la consagró con lágrimas don Arcadio. La emoción lo enternecía año con año al llegar a este punto de científica especulación. La marmita de Papin lo hacía llorar: ¡Ah, viejo adorable! ¡Cómo te recuerdo! ¡Cómo no he podido olvidar tu hermosa barba blanca, tu ropa albeante, ni tu trato paternal y amigo! ¿Te acuerdas, Carmito Sánchez Magallanes, de aquel 12 de enero en que te comisionamos para pedir al viejo que nos diera la clase, es decir que nos concediera gorrearla?

Don Arcadio fue siempre lo que en la época de Sola se llamó librepensador. Fue un adelantado, casi un precursor en ideas radicales. Viejos trabajos suyos, como los Escapularios de la Virgen de Cunduacán, lo comprueban. Fue un materialista en toda la extensión de la palabra. Véanse a este respecto sus Cartas Enciclopédicas. Alardeaba de cartearse con el filósofo francés contemporáneo Gustavo Le Bon. Y como, a la vez que profesor de física en el instituto, era director general de instrucción primaria en el Estado, su radicalismo tuvo ancho campo donde vegetar y florecer. De aquí que haya podido contribuir a formar el espíritu tabasqueño que, por lo general, es descreído en punto de religión o, cuando menos, indiferente. El Instituto Juárez era como el último crisol que se encargaba de quemar las impurezas que, en este sentido, pudiéramos llevar de los hogares y de las escuelas primarias. Cierto que hoy se han vuelto místicos algunos discípulos; pero esta transformación obedece tal vez al alejamiento de la fuente de irradiación materialista que es el propio Tabasco y a la influencia del medio en que ahora desenvuelven sus actividades, como México y otros centros de reconocido fervor religioso.



Grande influencia ejercía don Arcadio en el alma estudiantil. Sabido es que los alumnos del instituto conmemorábamos anualmente dos fechas vinculadas con el nombre y la tradición del plantel: el 21 de marzo y el 18 de julio. Nadie que haya pasado por aquellas aulas luminosas podrá olvidar cómo celebrábamos tales fechas: una velada en la escuela y una manifestación callejera. Tanto en la velada como en la manifestación, el verbo rojo de alumnos y catedráticos tronaba contra el clero, contra la iglesia, contra la religión, contra las sotanas. De esta suerte se iba templando, en tono mayor, el alma de la juventud. Y en esta labor profundamente lógica y civilizadora era parte principalísima don Arcadio Zentella.

“¿Quién impide al raudal que su corriente  
saltando el dique hacia la mar se lance.  
Al mismo mar que en su vaivén descanse  
Y al corazón que cante cuando siente?

Descansa en paz, repúblico bendito.  
La grandeza absoluta de tus hechos  
La cantarán los mejicanos pechos  
Con el eco del mar y el infinito”.

Están publicando en el libro “JUÁREZ EN TABASCO”, editado por el licenciado M. Guillermo Amezcua en 1907, son unos versos de estricto retumbo patriótico, propios de un mancebo. El mismo Pancho me ha declarado que ese explosivo fue preparado bajo el influjo decisivo de don Arcadio Zentella, de quien él fue predilecto y protegido alumno y que don Arcadio mismo corrigió y enmendó sus estrofas, cargadas de rabioso juarismo anticlerical, como se usaba en el partido liberal de entonces.



---

# X

No puede dejar de mencionar en estos apuntes los lugares de diversión con que contábamos. Uno de ellos era la laguna de la Pólvara. Otro, el pueblo de Atasta. Y, un poco más allá, Tamulté de las Barrancas

La laguna de la Pólvara estaba al sureste de la ciudad, en sus propias goteras. No tenía agua bastante para navegar en ella durante todo el año, sino en la época de las crecientes; en otoño e invierno. El Grijalva la abastecía lo mismo que a toda aquella región colindante conocida con el nombre de Mayito, más allá del puente de Zaragoza y de la casa de señá Chica Pérez, hasta donde llegábamos en pos de guayabas. Muchos de nosotros aprendimos a manejar el canalete navegando en esta laguna a bordo de celosísimos cayucos. En algunos lugares era verdaderamente profunda, pero no recuerdo que nadie se haya ahogado en ella, con ser tan frecuentada por los estudiantes y no obstante que nuestro mayor deleite era volcar las canoas para bañarnos y hacer mil peligrosas travesuras. No pocas veces vimos ponerse el sol tras de las copas fulgurantes de los amates que abundaban en las orillas de la laguna y escuchamos, al parpadear la tarde, el relamo de aquel pájaro triste que se llama cantalamuerte. Aquel sol otoñal, visto al atardecer, desde la laguna de la Pólvara, lo sigo viendo en is horas de romántico embeleso; y aquel cantar extraño del extraño pájaro agorero crepuscular, sigue vibrando y repercutiendo en mi corazón como un verdadero y amoroso reclamo de la patria chica.



Atasta, pueblo entonces y villa de Serra después, por don Felipe J. Serra, prócer de Tabasco que fijó en ese punto su residencia, queda a unos tres kilómetros de la capital. Atasta estuvo comunicado, al principio, por un ferrocarril de tracción animal. Después, por dos. Pero el camión, que es el vehículo del progreso, eliminó los tranvías. Hoy el servicio es más irregular que antes, pero se hace al ritmo de los tiempos que corren. Tamulté de las Barrancas es un pueblo que queda un kilómetro más allá de Atasta de Serra.

En Atasta se conmemoraban anualmente dos fiestas: el 20 de enero, día de San Sebastián, fecha en que comenzaba el carnaval en Tabasco, y el cuarto viernes, fiesta de cuaresma. El tres viernes correspondía a Tamulté. No sé si se seguirán conmemorando estas fechas, pues sabido es que Garrido suprimió todas las llamadas fiestas titulares y las sustituyó por las ferias del cacao, del maíz, del plátano, de la yuca, etc. Yo voy a referirme a las fiestas de las postrimerías del siglo XIX. ¡Casi media centuria!

Lo que todavía saboreo imaginativamente, de aquellas fiestas, son las jonduras cocidas de Atasta y el chorote espumoso de Tamulté. Aquellas jonduras amarillas, tibias, con su tantito de sal, las sigo viendo con los ojos de la fantasía. El chorote lo vendían las indias en grandes jícaras colocadas en yaguales de pie, jícaras, por cierto, muy labradas, con diversas inscripciones. Mas el sabroso líquido lo tomábamos con dulce de Tornalargo o conserva de Jalpa, aquella conserva de naranja o toronja hecha en tajadas cubiertas de una deliciosa capa azucarada que era nuestro encanto. A los templos de estos dos históricos pueblos sólo podía irse por aspirar, a pleno pulmón, el guayapul, colgado de las vigas. Trascendía hasta fuera de las iglesias el maravilloso perfume que, de entonces acá, no he vuelto a sentir en parte alguna.

Es también digno de mencionarse aquel comercio exótico de los coletos de Chiapas. Los coletos no faltaban en ninguna de estas fiestas titulares, donde vendían productos de su embrionaria industria: trépatemicos, guitarritas, juichijuichis, violincitos, pipirigallos, cajetas, anisillo, confites, pan coletito, zapatos coletos y qué sé yo cuántas minucias más. Los coletos usaban como bestias de carga a los chamulas, un pobre indio que jamás se



redimirá, que no usa más ropa que una ordinaria y cochambrosa cuzma de lana o algodón. Entonces ganaba un real diario por todo jornal y vivía bien, porque su único alimento era alcohol, chile y maíz. Llegaban los chamulas cargados con grandes guacales y luego que arrojan la carga se tumbaban en el suelo alfombrado de esmeraldina grama y colocados en posición supina, copiando en sus ojos tristes el añil del cielo, sacudíanse, como se sacuden, ni más ni menos, las verdaderas bestias, después de larga y dura jornada. ¡Y pensar que todavía hay quien propugne la redención del indio!

Volvíamos de Atasta y Tamulté, casi siempre a pie, a pesar de los buenos transportes de líneas férreas, sobre todo si el chingolingo o algún otro juego de azar nos dejaba sin blanca. Pero ni sentíamos el camino, porque volvíamos compactos grupos bajo la oscuridad de la noche zigzagueada por luciérnagas. ¡Cuántas veces, sin embargo, pasamos con algún temor frente a la ceiba secular que guardaba el camino!

Desde el punto y ahora en que la gente de San Juan Bautista empezó a levantar sus residencias en Atasta o Tamulté, los indígenas de estos lugares, como si se batieran en retirada, fueron dejando el campo al enemigo. Acamparon primero en las orillas. Y, por último, desaparecieron. A últimas fechas a duras penas se conservaba aquel famoso Chúa Gaspar, el ladino patriarca de los atastecos.





## XI

La casa de don Paco Montallano, refugio acogedor de muchos estudiantes pobres que a ella íbamos en pos de entretenimiento, tenía alguna afinidad o parecido con la Casa de la Troya de Pérez Lugín. ¡Cómo me acuerdo de don Paco y de su esposa doña Anita Lanz! No puedo olvidar a personas tan resignadas para soportar las constantes majaderías de tantos muchachos. Siempre tuvieron para nosotros los brazos tan abiertos como las puertas de la casa que se alzaba modesta y honesta en la calle de Zaragoza.

Junto a Carmen, María, Mencha, Manuel y Pancho, los hijos de tan hidalgo matrimonio, frecuentemente nos hallábamos César Villasana, Julián Urrutia, Juan Cherizola Hermida, Ruperto Jiménez Mérito, Bernardo Porta, Adolfo Payán, algún otro que no recuerdo y yo. A menudo llegaban a la reunión Chepita y Santos Montellano, sobrinas de don Paco, y durante algún tiempo vivió en esa misma casa Licha Formento, sobrina de doña Anita.



¡Qué tiempo aquellos! ¡Cuán pocos vamos quedando! Allí se cantaba se tocaba, se recitaba, se ensayaban comedias, se endulzaba la vida y la saboreábamos hasta más no poder. César era poeta; Ruperto, pintor; Julián y yo, músicos; Adolfo, ocurrente y ameno platicador; Manuel, cantante, con una bien timbrada voz de tenor. El grupo era magnífico. Muchas veces las turbias agua de la laguna de la Pólvara, adormecidas bajo el zafiro de las altura infinitas, fueron testigos de alguna bacarola cantada por Manuel Montellano o de aquellos versos de la Tempestad:

¿Por qué, por qué temblar,  
si el cielo está sin nubes  
y azul está la mar?

Por aquellos días conocí a Límbano Correa Merino, sumado a la tropa. Mayor que todos nosotros, se adueñó del cotarro y se constituyó en el director del grupo. Limbanito, como le decíamos todos y como le dijeron desde niño para distinguirlo de su padre que llevaba el mismo nombre, era el tipo de caballero exquisito y frágil. Delicado como un perfume, no hicimos más que quererlo y admirarlo. Bajo la augusta sombra de aquella casa inició Limbanito su labor de comediógrafo, ensayando allí mismo y con nuestra colaboración juguetes cómicos, monólogos, entremeses, hasta que pudo dar cima a una obra consagradora de su nombre y de su fama: Amor Vulgar, drama intensamente humano que con magnífico éxito económico y artístico llevó a la escena la compañía de Evangelina Adams. Triunfo resonante que no se ha repetido en los mejores tiempos del teatro Merino.

Pero sobre aquel hogar generosamente acogedor cayeron, por decirlo así, negros crespones. Manuel, que era un buen alumno del instituto, un año posterior a mí, comenzó a dar pruebas de desequilibrio mental, con asombro y tristeza de todos nosotros. Una noche de serenata de gran gala en Plaza de Armas —conmemorábase el 5 de Mayo— habíamos ido con él, principalmente por escuchar la banda de música de don Guillermito y lo primero que hizo Manuel, que como cosa anormal nos sorprendió profundamente, fue no querer entrar en la plaza, sino que a pesar de nuestros esfuerzos se quedó afuera dando vueltas con nosotros a su alrededor.



¿Os acordáis cómo era la Plaza de Armas? Muy grande. Ocupaba el espacio comprendido entre el palacio de gobierno, por un lado; las casas de las familias Casasús, Mestre y Payró, por otro; en el lado siguiente palacio municipal la casa de la familia Gurría, y por último, la cárcel, el claro que después fue ocupado por una construcción de Bulnes y la casa de la familia Correa. Toda la plaza tenía una verja de hierro con varillas que parecían lanzas; en el centro erguía, esbelta y solitaria, una pirámide simbólicamente rematada por un águila con las alas abiertas, y por fuera la resguardaba un bosque de laureles a cuya sombra, en días de excesivo calor, estudiábamos, soñábamos o pelábamos la pava.

Pues así, por fuera, bajo las tupidas frondas de los laureles, quiso Manuel gozar de la retreta. Y desde allí escuchamos la marcha Zaragoza del doctor Ortega.

—¿Pero por qué no quieres entrar? —le preguntamos.

—Porque tengo la nariz muy grande y se van a burlar de mí.

Y al contestarnos tal excentricidad, nos mostró la nariz como midiéndola y luego se la tapó con la propia mano que ha había medido antes, para que no la viéramos.

No fue posible convencerlo de su torpeza. La locura se apoderó de él con mayor infamia y nunca más permitió que la luz de la razón volviera a brillar en su cerebro. Hace muchos años murió en el manicomio de Orizaba.

La familia Montellano tuvo que lamentar también la muerte del jefe. Aquel ibero bonachón que tan pacientemente soportó nuestras imprudencias, pasó a mejor vida, con la amargura inmensa de la tragedia de Manuel.

La pobre Mencha, después de casada, perdió igualmente la razón y fue a morir en la Castañeda.



Y doña Anita, murió también en México, atendida y cuidada por Pancho que en el ejercicio profesional, ya como abogado postulante, ya como funcionario público en diversos ramos de la administración, ha logrado hacer algunas economías.

Garmita se casó con el profesor Emilio León Zarate y habiendo enviudado, contrajo nuevas nupcias con el licenciado Crisóforo Ibáñez. María se casó con Ruperto.

Y así acabó o se desmembró esta familia.

Por lo que hace a César Villasana, justo es que le consagre un recuerdo a su memoria. Hacía largos años estaba radicado con su familia en México. Un día se le antojó venir al puerto jarocho con dos de sus hijos. La misma noche en que llegó con Augusto Zurita y le dijo: "Quiero levantarme muy temprano para bañarme en el mar y contemplar la salida del sol. Después iré a estrechar fuertemente a Salomón Herrera y a Rafael Domínguez. ¡Hace tanto tiempo que no los veo!" Pero ya no lo vi; al día siguiente se ahogó en el mar. no obstante que siempre se distinguió como buen nadador. César era de los que, en compañía de Ruperto y otros muchachos, cruzaban el Grijalva y volvían al punto de partida sin descansar. La tragedia de César, como la locura de Manuel, ha dejado hondo surco en mi corazón.



## XIII

En el año de 1902 se abre un paréntesis en mi vida de estudiante. Recibido de profesor de instrucción primaria elemental, me fui a trabajar a Paraíso donde permanecí dos años gozando hasta más no poder de los encantos de aquella vida pueblerina, cordial y sencilla que nunca olvidaré. Allá fueron mis alumnos el hoy abogado Isaac Olivé y Augusto Hernández Olivé, de quien ya hablé antes.

Aquella vida de sencillez y de sosiego, aquellas siempre variadas perspectivas del mar, la serenidad de las noches y lo apacible de las mañanas con sus celajes de oro y más que todo esto, Cupido que ya me había clavado su amable dardo, me inspiraron los primeros versos que publiqué en La Bohemia Tabasqueña dirigida por el Chato Calzada y que no reproduzco ahora or no ruborizarme. Esa segunda época de La Bohemia fue la que nos acogió amorosa en su seno a Jiménez Mérito, a Villasana, a Macedonio Rivero, a mí, a tantos otros que vibrábamos al estimulante conjuro del Chato. Hace pocos días charlando con Macedonio, que es director de una escuela primaria en este puerto, me decía que lo único que guarda de La Bohemia Tabasqueña es el número en que publicó sus versos "A Sara", su novia entonces, hoy su dulce compañera. Por aquellos días, me imagino que en enero de 1903, murió Salomé Taracena, el Negro Melenudo, tan conocido principalmente por sus trovas escatológicas.



En 1904 pasé a encargarme de la escuela de Tacotalpa. Cuatro años estuve en esta población decadente. El panorama de la naturaleza era enteramente distinto al de Paraíso. Allí eran el río y las montañas lo que constituía la mejor delectación del alma. Como Tacotalpa fue, luengos años atrás, la capital de la provincia, tiene sus tradiciones. Fue cuna del licenciado Lorenzo Santamaría, del licenciado Límbaro Correa, de don Lino Merino, héroe de la guerra contra el imperio napoleónico. De este lugar fue también don Manuel Merino, el mejor sonetista de la América, según decía él mismo, y a fe que los hacía acabados, como aquel que dice:

Hay en mi pueblo un hombre regorde-te  
que da a la sociedad mucho comba-te,  
no tiene de vergüenza ni un quila-te  
y es mañoso y astuto por rib-te.

En la campaña del cincuenta y sie-te  
se robó el polvorín el zaraga-te  
y cometió después el dispara-te  
de revelar su estafa a un mozalbe-te.

Hoy es maestro de escuela del ardi-te.  
Y aunque ninguno al parecer lo no-te  
ni el juzgado del crimen se lo evi-te,

de la viuda se queda con la do-te,  
porque en materia de aruñar compi-te  
con el cuervo, el halcón y el zopilo-te.

De esta tierra fue igualmente Limbanito Correa Merino, poeta de verdad, exquisito, romántico, del siglo de Verlaine y de Alfredo de Musset, no mero versificador como su padre ni como el propio Manuel Merino.

En Tacotalpa permanecí cuatro años. Por razón del ambiente, me consagré más y más a los versos y a la literatura en general. Enviaba mi colaboración a El Renacimiento, periódico semanal que por aquellos días



publicaba en San Juan el licenciado M. Guillermo Amescua, otro hombre que, como el Chato Calzada, siempre tuvo frases de aliento para la juventud tabasqueña.

Y entretanto, el estudio olvidado por entero. Muchos versos, muchos sueños, mucha luz en el alma, el río que murmura mientras arteramente socava el barranco del pueblo, y la campiña que florece, y el Madrigal que se irgue altivo en la sierra del sur. Pero el viejo instituto, lejos, muy lejos. De pronto vibró dentro de mí algo como un reproche. Y volví a la vida de la realidad. Esto aconteció en 1908.

Salí de Tacotalpa después de cuatro años de vida inútil. Pasé a Cárdenas, mi tierra natal, a encargarme de la escuela, pero me inscribí en el instituto para pagar las materias que me faltaban de preparatoria: literatura, cosmografía, química, lógica, psicología y moral.

Después de treinta años, cuando todas las acciones penales y civiles están prescritas, bien puedo confesar impunemente el fraude de que hice víctima al fisco del gobierno durante el año que permanecí al frente de aquella escuela, pues lo que menos hice fue trabajar en ella, sino que me consagré a preparar las materias de que me examinaría, al terminar el año escolar, en el instituto.

Hombre hecho y derecho, no era posible que me presentara a examen, sin saber. Por otra parte, de las asignaturas que me faltaban había algunas que me deleitaban sobremanera, especialmente lógica, literatura y cosmografía, para la primera leí a Balmes, a Bain y a Parra, que era el texto oficial; para la segunda me sirvieron de mucho los Diálogos Literarios de Col y Vehí, el Arte de Hablar en prosa y en verso de don José Gómez Hermosilla y la Retórica y Poética de Campillo y Correa; y para la última me preparé en Tisserand, Cappeletti, Briot y Anguiano, además de las Tierras del Cielo, los Cometas, Estela, Dios en la Naturaleza, Pluralidad de Mundos Habitados, las Estrellas y alguna otra que no recuerdo, de Flammarion. Y, por decirlo así, Newton vivía en mí con su famosa ley de la gravitación universal: "Los cuerpos se atraen en razón directa de las masas e inversa del cuadrado de las distancias".



Con autorización de don Arcadio Zentella, director general de instrucción primaria, anticipadamente di fin a los cursos de la escuela y marché a San Juan a examinarme, adonde llegué con oportunidad, pues todo lo tenía convenientemente preparado de acuerdo con Salomón Herrera, quien, a la sazón, era secretario del instituto.

En literatura obtuve la más alta calificación "con especial satisfacción del sínodo", y ese mismo día, por la tarde sustituí para otro examen de la propia materia a uno de los jurados que no asistió. Esta bella nota la esperaba también en lógica, pero el licenciado Andrés Iduarte, catedrático de la asignatura, no quiso igualarme a mi pariente Diógenes López, estudiante modelo que siempre obtuvo la mejor calificación en todas las materias del ciclo preparatorio. En cosmografía, por algún error que cometí al hacer números para explicar la paraleja de la luna, el profesor Salvador Torres Berdón, que lo era de la asignatura, me bajó un punto de los siempre ansiados y pleonásticos P. B.

En esta época era prefecto del plantel don Salvador de la Rosa, con quien estreché más los lazos de amistad que desde antes nos unían. Era conserje el morenito Leovigildo Mola. Y continuaba siendo director el licenciado Acuña Pardo.

Salomón se recibió en julio de 1909. Tenía, pues, que dejar a secretaría y yo aspiraba a este puesto. Aparentemente no había ninguna dificultad para ello, pero cuando don Salvador me tocó el hombro y me anunció como candidato muy viable a Pancho Montellano, me resolví a ver personalmente al gobernador. Yo sabía lo impresionante que era el general Bandala. Le entregué una carta que le llevaba de mi padre y luego le alegué como argumento incontrastable lo siguiente: "Pancho gozó de beca oficial para sus estudios y nunca compensó aquel servicio trabajando en alguna escuela primaria. Yo, en cambio, nunca tuve beca y he servido siete años consecutivos en varias escuelas del Estado. ¿Quién de los dos merece más la secretaría?"



—Ándele, ándele. Dígale a Acuña que le proponga en seguida —me dijo con aquel tono militar que siempre usó aun ara asuntos de la administración pública que nada tenían que ver con el cuartel.

No esperé la repetición de la orden incontinenti la transmití al director. Yo mismo hice el oficio correspondiente. Y fui nombrado secretario del Instituto Juárez, gracias al oportuno soplo de don Salvador, a quien, andando el tiempo, he procurado ayudar y servir a la medida de mis posibilidades, pues el pobre al cambio definitivo de la cosa pública, hubo de salir de Tabasco con una mano atrás y otra adelante, a pesar de los jugosos puestos políticos de que disfrutó en el gobierno de Bandala.

Alguien me informó, días después, que don Bernardino Lanz, rico hacendado y tío carnal de Pancho Montellano, tenía pensado obsequiar al licenciado Acuña con un hermosísimo caballo, si el nombramiento recaía en su sobrino. De suerte que el licenciado Acuña, que tanto gustaba del deporte de la equitación, perdió con tal motivo tan valioso obsequio, cosa que, a pesar de todo, no dejé de lamentar.





---

## XIII

*Héteme*, pues, de nueva cuenta instalado en el viejo instituto, otra vez bajo la sombra augusta de la amable casona. Pero ahora instalado de veras, puesto que desde entonces convertí en dormitorio el local de la secretaría. Como mi familia se quedó a vivir temporalmente en Cárdenas, senté yo mis reales en aquel sitio y allí pasé mis grandes horas de pobreza, de soledad y de melancolía. Por otra parte, el corto sueldo de sesenta pesos que tenía aquel puesto y que casi íntegro enviaba a mis padres no me permitía buscar otro alojamiento. Una mecedora austriaca fue mi cama durante largos meses, mientras pude comprar una hamaca.

El amor paternal, el adorable recuerdo de mi hija Charito, huérfana de madre, dolorosamente apenas al nacer, su angelical figura, vivía a toda hora en mi imaginación, fueron el más firme estímulo que tuve en mis largas y a veces desesperantes horas de estudio. Cuando una voz clamaba tras de mí, diciendo ¡Padre!, el acicate de una nueva obligación en la vida, picaba las ijadas del potro de la aspiración y me aupaba en la tarea, sin sentir lo amargo ni lo espinoso de ésta. A estudiar y a velar, pues, con redoblado esfuerzo, me dedicaba más todos los días.

Pronto me familiaricé con el silencio nocturno de aquel lugar, sólo turbado a las vegadas por algunos murciélagos. Además, de cuando en cuando dormía en el gabinete de física Manuel Jiménez, hoy abogado, hijo del licenciado Horacio Jiménez, quien a la sazón ya había muerto. Este muchacho, muy inteligente por cierto, estudiaba entonces tercer año de preparatoria en condiciones de pobreza absoluta, pero gozando de la simpatía



y protección moral de los profesores que habían sido amigos o compañeros o protegidos de su padre. Allí vivió a mi lado mucho tiempo Manuel, hasta que algunas circunstancias que no podría precisar lo alejaron de Tabasco. Tengo para mí que anheloso de horizontes más amplios para sus aspiraciones de literato y orador, quiso hacer en México sus estudios profesionales.

Creo que en este año de 1909 se inscribieron como alumnos de primer año Manuel Antonio Romero Jr., Horacio Brindis, José Sabino Rojas, Pedro Casanova, José Encarnación Pérez, Manuel Bartlett, Moisés Priego, Saturnino Caballero, Julián Alamilla, Clotario Margalli, Román Fernández, Pepe González Lamadrid, Francisco Torrano, Aureliano Velásquez, Carlos González Palavicini, Eduardo Canabal, Edgar Morgadanes, Eduardo Herrera y quién sabe cuántos más, de los cuales solamente los diez primeros llegaron a la meta de sus aspiraciones. Bartlett, en la judicatura federal, ha sido funcionario integérrimo y competente; Casanova fue gobernador interino o provisional de Tabasco y ha sido juez y magistrado en el Estado de Veracruz. Manuel Antonio fue también gobernador de Tabasco durante el delahuertismo.

Algunos de los nombres que acabo de citar me recuerdan un hecho que, aunque resulte anacrónico, quiero consignar desde luego. Allá por el año de 1913, cuando ya yo había salido de la secretaría, hubo entre cierto grupo estudiantil un movimiento de protesta, casi de rebeldía, con motivo del asesinato de Madero y Pino Suárez. Vibraba en el alma de los muchachos la inquietud revolucionaria. No podía concebir que el gobierno nacido de la revolución maderista tolerase la usurpación de Huerta y, con todo el atrevimiento ciego y propio de la juventud, ejecutaron actos ostensiblemente contrarios a la política oficial; y esto dio lugar a que, por indisciplinados, fueran expulsados definitivamente del colegio, Manuel Bartlett, Clotario Margalli, Carlos Fidas Sáenz y Régulo Torpey; José Sabino Rojas, por un año, y Horacio Brindis, José Jesús Rodríguez, Armando Correa Bastar, Julián Alamilla, Ramón Armenol, Manuel Granel y Alvaro Granados, por cuatro meses. Lo curioso del caso es que este castigo provino, como acabo de decir, el gobierno revolucionario, y el de la usurpación —representado después por el general Agustín Valdés— lo suspendió; de modo que todos los expulsados



podieron volver a la escuela y presentar exámenes extraordinarios en el mes de agosto de aquel año.

Yo hice vida de soledad en el instituto, apartado del movimiento exterior, lejos en lo posible del mundanal ruido, mis compañeros únicos eran los amplios corredores de la escuela, aquellos dos árboles del pan que se erguían solitarios en el patio de la misma, el parquecito que a moción de don Arcadio Zentella se construyó debajo de tales árboles y al que los muchachos llamaban "el peripatético", los enormes ídolos de piedra llevados hasta ese lugar desde lejanas rancherías de Huimanguillo y a todas horas el constante deseo de sacar de allí, sobre todas las cosas, mi título de abogado.

¡Cuántos ignoraron absolutamente el género de vida que yo tuve en aquel sitio inolvidable! Cuando se sale airoso de estas grandes crisis de la existencia, es satisfactorio relatarlas. Pero en el fondo de ellas hay mucho dolor que no trasciende, porque —como si se avergonzara de mostrarse desnudo— permanece oculto dentro del alma.

No salía yo del colegio sino para lo indispensable. De noche, después de cenar, tuve por costumbre pasar a la casa de Juanita Cortázar, donde permanecía, ni más ni menos, todos los días, una hora de ocho a nueve, oyendo música. Juanita era una pianista de corazón, tocaba con mucho gusto y, traduciendo acaso la honda pena que me torturaba, siempre fue complaciente y espiritualmente generosa conmigo. Nunca podré olvidar la Danza de las Horas de Ponchielli, el minueto en sol mayor de Beethoven, el vals número doce de Chopin, la Lucía de Donizetti, el Guillermo Tell de Rossini, con que diariamente me tonificaba.

A las nueve de la noche volvía a mi encierro y me consagraba al estudio como nunca lo había hecho, con verdadero afán, con el entusiasmo loco de triunfar. Ni los domingos salía de aquel claustro. El único que en ocasiones me visitaba en tales días era Guadalupe Hernández, ya notario público y próximo a graduarse en leyes. Me invitaba a salir y como me negara arguyendo mi perpetua arranquera, solícito e invariablemente me decía: "Iremos como los más pobrecitos". Algunas veces le acepté y



generalmente fuimos a Atasta con un gasto de veinticinco centavos, cuando más, siempre a su cargo.

Pero, en verdad, para mí lo más hermoso era quedarme en aquel encierro. Me entretenía estudiando, o bien observando el cielo con el telescopio del colegio, aun a pleno día, pues mi mayor deleite era descubrir a Mercurio o Venus entre los resplandores solares poco después de mediodía. Siempre me chifló el estudio de las cosas del cielo.

Cuando salía a cortarme el pelo iba a la barbería de Tomás Hernández, uno de los ffigaros de más bien sentada reputación en aquel entonces y flautista por añadidura. Tomás componía sus danzas o mazurcas, pero no las podía escribir. Generalmente cuando llegaba yo a que me arreglase, me pedía que le escribiera alguna de sus últimas composiciones musicales. Yo siempre tuve facilidad para escribir música al dictado. Así que al par que me afeitaba, silbaba la pieza y yo escribía. Él no me pagaba por este trabajo, pero yo tampoco le daba nada por el suyo. Y de esta suerte nos servíamos mutuamente. Esto explica por qué, a pesar de mi eterna penuria, era yo cliente de una peluquería de primer orden.

En aquellos días leí por primera vez, formalmente, la novela inmortal de Cervantes y, no obstante lo que de tal obra opina el inmenso Gómez Carrillo, me cautivó y sus amenas y nítidas páginas comenzaron a engendrar en mí esta noble afición, que a veces me ha obsesionado, por el estudio de nuestro romance.

Y un día, a eso de las cinco de la tarde, bajo el azul del cielo, cuando la suave y austera quietud del ambiente sólo era interrumpida por el lento caer de las grandes hojas de los árboles del pan, me deleitaron hasta el frenesí, hasta el embeleso, hasta el más exquisito enternecimiento, dos palomas enamoradas que posándose en el alero del edificio, arrullándose mutuamente y haciéndose caricias de ternura infinita, rindieron homenaje a la naturaleza en un rápido espasmo de suprema felicidad. Momentos después sentí cerca de mí un raudo vuelo que dejó en el aire como un soplo de vida. Y el ocaso se tiñó de rojo.



## XIV

Antes de seguir adelante quiero dedicar unas líneas a aquellos dos monolitos del instituto, que desde el año de 1896, poco más o menos, han visto, impasibles, levantarse tantas generaciones, no sólo por su intrínseca prestancia histórica sino por las muchas horas en que fueron consuelo y compañía de mi tristeza y soledad.

Pero me parece más cómodo y, sobre todo, más provechoso para el lector, dejar la pluma a mi buen amigo el maestro don Rosendo Taracena. Dice así:

“En este último lugar, es decir, en La Venta, perteneciente al municipio de Huimangujillo, allá por el año de 1896, siendo Gobernador del Estado el general Abraham Bandala, se obtuvo la valiosa adquisición de dos interesantes ídolos de piedra, debido a la espontaneidad del acaudalado tabasqueño don Policarpo Valenzuela, quien teniendo la concesión respectiva para el corte de maderas preciosas en las márgenes del río Tonalá, encontró dichos monumentos en las citadas ruinas de La Venta. La importancia de estos objetos llamó tanto la atención del Sr. Valenzuela, que desde luego tuvo la feliz idea de enriquecer con ellos el museo del Instituto “Juaréz”, por lo que inmediatamente procedió a trasladarlos al río Blanquillo, valiéndose de tiros de bueyes para el arrastre. De este lugar fueron transbordados a una de sus embarcaciones y conducidos hasta esta ciudad, cuyos habitantes llenos de asombro contemplaban aquellas pesadas y extrañas moles.



“El Gobernador del Estado, general Abraham Bandala, hizo entrega a la Dirección del mencionado Instituto, de los dos interesantes monolitos que, según la Memoria presentada al H. Congreso en 1896, el más grande representa a Ixtlilton (Rey de las Aguas Negras) y el otro, más pequeño, contiene cuatro caras bien distintas y en dirección opuesta”.

Allí permanecieron mucho tiempo en medio del patio del establecimiento. Allí estuvieron largos años a la intemperie, incommovibles, severos, con su aspecto adusto y grave, en guardia siempre, acaso añorando los tiempos en que nuestros antepasados les rindieron culto al son de pitos y tambores autóctonos

Allá por el año de 1910, en las postrimerías de la administración de Bandala, alguien tuvo la idea de levantar sobre los dos ídolos un monumento a don Benito Juárez. Se encargó de la obra, dragoneando como ingeniero, el coronel de la guardia nacional Nicolás Pizarro Suárez, eterno jefe político de aquella administración, y se inauguró en ese mismo año de 1910.

En la lápida que figura en la parte interior de la construcción, se leen estas palabras:

Se erigió este monumento en el año de 1910, costado por los profesores y alumnos de este Instituto, siendo Gobernador del Estado el C. Gral. Abraham Bandala y Director del Plantel el C. Lic. Gonzalo Acuña Pardo. Proyectó el C. Ing. Gonzalo Graham Casasús. Dirigió la construcción el C. Coronel Nicolás Pizarro.

Sobre el monumento se levanta el busto del insigne patricio en cuya base destácase la siguiente inscripción:

EL INSTITUTO JUÁREZ AL CIUDADANO MODELO



# XV

De vuelta al instituto, me encontré con algunos estudiantes, viejos amigos, y con otros, desconocidos muchos de ellos, porque entraron precisamente en los días en que dejé de frecuentarlo.

En cambio, Alfonso Ortiz Palma y Manlio S. Fuentes, dos alumnos distinguidos de la escuela, habían salido de ella para tomar otros senderos. Alfonso llegó a formar una fortuna envidiable y acaba de morir. Manlio, con la quiropráctica que aprendió en Estados Unidos, se ha asegurado un modesto pasar y de tiempo en tiempo conságrase en la revista HOY al ocio divino del pensamiento.

Otro que también salió del colegio, creo que ese mismo año de 1909, fue Chimiano Zurita, pero no como desertor, sino con su preparatoria general a cuestas para ir a estudiar profesión a México, hoy es abogado y, como siempre, gentilísimo y cordial amigo.

Allí me encontré a Servio Tulio Acuña. ¡Pobre Servio Tulio! ¡Tan inteligente! Se recibió de abogado. Llegó a ser jefe del departamento legal de la compañía El Águila en Tampico. Hizo algún capital. Y hace como tres o cuatro años murió ahogado en el Mezcalapa, frente a Huimanguillo, su tierra natal.



Allí estaba también Justito Santa-Anna, hijo del licenciado Santa-Anna, quien como Servio, todavía estudiaba preparatoria con el anhelo de recibirse de abogado. Como la revolución estropeó muchos propósitos y desvió no pocas trayectorias, no sé si, al fin, logró el título.

Me encontré asimismo con Manolo Pérez Berenguer, muchacho de buen talento, de quien después hablaré con más detenimiento.

Ahí estaba igualmente Alfonso Caparoso, otro buen cerebro que se perdió con la revolución. Ya trabajaba en la enseñanza como subdirector de la escuela del réprobo José Gurdíel. Pero quería ser abogado y por eso continuaba matriculado en la escuela. Lo sorprendieron así los acontecimientos de Mestre y Lorenzo Casanova, acontecimientos que acabaron con el Final de un Compañerismo, escrito por este último y que dieron al traste con su propio cerebro. Alfonso Caparoso entró de lleno en la política y murió en México, después del triunfo de la revolución constitucionalista, trágica y misteriosamente, bajo las ruedas de un tranvía eléctrico.

José A. Brown también estaba allí estudiando derecho, lo mismo que Panchito Lacroix Roviroso, tan discutidor como inteligente, hoy abogado. En alguna ocasión este último fue hartamente injusto conmigo, pero lo he perdonado. Me he hecho el propósito y lo he conseguido, de no dejar en mi alma ni la huella de una pasión innoble contra mis compañeros. En aquellos días estaba muy en boga la vibrante, deslumbradora, oropelesca literatura de Vargas Vila, Ibis, su mejor novela, nos había conquistado. Un día se nos antojó a Lacroix y a mí escribirle una carta al atolondrado publicista colombiano, y se la enviamos ciertamente a París, en la misma forma extraña y resonante que tan engolosinados nos tenía. Pero nunca tuvimos contestación, bien porque no recibiera nuestra carta o acaso porque nos considerase más locos que él mismo. ¿Te acuerdas de esto, Panchito Lacroix?

Raúl Moheno Larco era secretario de un juzgado de primera instancia, pero estudiaba leyes, después de completar, como yo, su preparatoria. Al fin alcanzó el ansiado título y desde hace más de veinte años ejerce la profesión en este puerto.



Allí encontré también a Fermín Aguilar Palma, estudiante aprovechadísimo de preparatoria que era una promesa, por su dedicación y su talento. Fue hermano de Lauro, el artista, autor de Cabecita Loca: de Baldomero, el abogado; de Felipe, el poeta, y de Manuel, el médico, ameno platicador que habla con mucha gracia de los chistecitos pálidos de Sánchez Magallanes. Pues Fermín quería ser médico también. Fue a México y allá murió de viruelas.

Encontré, por último, a Domingo U. Melo, Andrés Sosa Cámara, Pancho Santamaría y como único compañero de 1897 que no parecía sino que, rezagado, me estaba esperando para continuar nuestros estudios de derecho, a César L. Casasús.

¡Me encontré con tantos! Pero sería imposible recordarlos y enumerarlos. Vale, sin embargo, la pena de hablar un poco de Santamaría, porque desde aquellos días comenzó a ser mi amigo y con el correr del tiempo ha llegado a ser mi hermano.

Entiendo que Pancho llegó al colegio en la época de mi temporal retiro. No obstante, nos empezamos a conocer por la prensa. Al menos yo conocía su labor literaria y su labor pedagógica, pues pronto llegó a ocupar la dirección de la escuela Porfirio Díaz, cargo reservado únicamente, hasta esa época por menos, a los profesores normalistas veracruzanos y para entonces ya había escrito sus dos primeras obras: Apuntes de Geometría y Lecciones de Geografía General. Así pues, cuando menos nos encontramos la primer vez, nos vimos con mutua simpatía. Había entre los dos algunos puntos de afinidad y ambos sentíamos el imperioso impulso de una misma aspiración. Y como decimos en el prólogo de nuestra reciente obra sobre asuntos de lenguaje, "tal vez en septiembre de 1909, cuando la noche cálida otoñal vertía sobre la inmensa soledad de los seres y las cosas el reguero de luz de sus estrellas, frente al viejo Instituto "Juárez", comenzó la mutua confesión. Y cada quien de nosotros volcó el ánfora sagrada de sus intimidades hablando de nuestras pobreza, de nuestra triste condición social que no nos permitía fijar los ojos sino en la infinita claridad de los cielos. Pobres ambos, no podíamos fincar nuestras supremas aspiraciones más que



el el trabajo diario y constante, en la única esclavitud que redime y ennoblece al hombre y lo levanta, triunfador, sobre las miserables arideces de la existencia. Esa noche nos dimos el primer abrazo que abría de sellar nuestra amistad firmísima, cuando, desde el Grijalva, el histórico y amado río, llegaba susurrante la dulce brisa que, como misteriosa canción, fue a morir rampando sobre la empedrada loma de Esquipulas”.

Pero no son estos pormenores, ciertamente, los que me mueven a dedicarle estas líneas. Es algo chusco y digno de figurar en estas memorias. Por aquellos días, tras de algunos años —no pocos— que habían corrido, hablábase de cuando en cuando de cierto suceso estudiantil morrocotudo de los que, por dejar profunda huella, no se olvidan nunca. Y lo supe con todos sus pelos y señales de sus propios labios.

Sucedió que cuando salió de las malezas y popalerías, de las lagunas y pochitocales de Macuspana, para venir a estudiar a la capital, doña Virginia, su mamá, procuró aperarlo o avituallarlo lo mejor que pudo. Entre otras cosas le izo un traje de dril grueso y resistente, de aquel dril de pobres que tiene en la orilla un vivo o franja de color subido. El pantalón de Pancho lucía a lo largo de las piernas, exteriormente, aquel vivo o franja y no sé si también había algo semejante en las mangas del saco. El caso es que aquello parecía un distintivo militar, algo como un galón de las llamadas clases del ejército o de la guardia nacional y los muchachos, que siempre tienen tanta gracia y tanto tino para buscar y hallar parecidos, vieron en el trae de Pancho un uniforme de cabo. Y desde aquel día por El Cabo lo bautizaron.

El incidente no acaba todavía. Sino tuvo perfiles rojos ni menos clásicos a la manera de la balada trágica de Cyrano de Bergerac, sí podría competir con cualquier sainete de Vital Aza. Pancho, un tanto pueblerino, andaba medio arisco con el mote que no le hacía mucha gracia y deseoso, naturalmente, de sacudírselo. Y se lo sacudió un día en que un compañero, cuyo nombre no viene ni hace al caso, al verlo camino del instituto por el callejón de Peredo, desde la alta y dispareja escarpa de la casa de Luz Loreto, fingió un alusivo toque de corneta y empezó a provocarlo con el remoquete



de marras, porque le dio un sopapo tan fenomenal que no solamente lo hizo bajar en abreviado los bastos escalones de la dicha escarpa, hasta rodar en tierra, aporreado y maltrecho, sino que lo curó para siempre y con él a todos los compañeros.

No se volvió a hablar en voz alta de El Cabo, pero creo que tampoco aquel traje de dril volvió a verse por la escuela

Y ya que de anécdotas se trata, va a otra suya aquí. Como no todo ha de ser agradable entre lo bueno, a Pancho no le agradó jamás el estudio de la lógica, y fiel a su antipatía por la materia, se aferró dentro de un dogma “filosófico” muy suyo y que él concretó en este silogismo: “el que sabe razonar, no necesita de la lógica, y el que no sabe razonar –porque Natura lo hizo piedra–, es de más que estudie lógica porque no la entenderá. Consecuencia: la lógica es inútil. Corolario: yo no estudio lógica”. Y no estudió ni a tiros, ni asistió a clases, a las cuales por lo demás tampoco habría podido asistir, porque trabajaba ya como maestro de escuela para ganarse el pan, como yo.

Pero se examinó a fin de año. Y no sólo se examinó sino que puso en aprietos al noble y austero profesor de la materia, el Lic. Andrés Iduarte. Tres días antes de los exámenes, Pancho le cayó en su casa y le dijo:

–Maestro, tengo que examinarme de lógica y ser aprobado en la materia, porque como alumno pensionado por el gobierno, pierdo la “beca” si usted me reprueba. Yo no sé lógica, ni la he estudiado, ni la estudiaré. Y aquí expuso doctoralmente su sentencia apriorística acerca de la inutilidad de la lógica.

Palideció el maestro Iduarte y balbució:

–Pero, Panchito, ¿cómo te vas a examinar sin saber lógica? y lo que es peor, ¿cómo vas a ser aprobado en la materia?

–Maestro, usted no puede reprobarme, replicó Pancho. Llevo el más alto record de buenas calificaciones en todos mis estudios preparatorios, y



sería ilógico —y aquí ve usted cómo sé usar de la lógica— que quien tiene P. B. en todas las demás asignaturas, resulte reprobado en una. Además de que, si usted me reprueba en esta vez, yo seguiré presentándome a examen cuantas veces sean necesarias, pero sin estudiar lógica, porque no puedo estudiarla, hasta ser aprobado.

Iduarte calló, vencido por el afecto y la consideración a un alumno que era bueno entre los buenos, y hasta llegó a sentirse convencido de que no podía reprobarlo. Tiró del texto de lógica de Parra, escogió un capítulo sencillo —los postulados del conocimiento— y lo señaló a Pancho, para que en él se preparara especialmente y . . . a ver si le tocaba en el examen.

Pancho jura hasta hoy que se aprendió de cabo a cabo el capítulo. El caso fue que al examinarse se le olvidó totalmente, y frente al desastre de su impreparación, terminó por contestar a todas las preguntas que el Maestro Iduarte le hacía: “¡Eso no lo tiene mi libro!” Hasta que terminó el bondadoso examinador por preguntarle: “Pues, ¿cuál es su libro?”. “Ninguno —replicó Pancho—; para mí no hay más lógica que la del sentido común y la razón natural”.

Desde entonces quedó como refrán en el Instituto “Juárez” lo de “eso no lo tiene mi libro”, para todo el que no sabía algo.

Lo más desconcertante —para el mismo Pancho— fue que no solamente no salió reprobado, sino que le aprobó el Síndico con calificación que en nada correspondía a la “brillantez” del examen. El Lic. Iduarte más tarde, en el camino de la vida, cuando el mismo Pancho le interrogaba ¡por qué me dio usted tan buena calificación, con agravio de los demás compañeros míos, los mejores del curso? Y le respondía: “porque tú no necesitabas estudiar lógica para saber razonar”.

¿Tuvo razón Iduarte? Los que conocemos a Pancho Santamaría y los frutos que ha producido, podríamos contestar sin vacilaciones, desde luego.



# XVI

*Creo* que en ese mismo año de 1909, después que Salomón, recibieron Julián Urrutia Burelo, Ruperto Jiménez Mérito, Carnito Sánchez Magallanes, Eligio Hidalgo Álvarez, Raimundo Poveda y Chanito Linares, el notable Chanito cuya peregrina memoria nos asombraba reteniendo íntegramente el discurso preliminar de la lógica de Parra. Raimundo Poveda, natural de Campeche, trajo de allá su preparatoria y en el Instituto Juárez hizo sus estudios profesionales bajo el ala protectora del Maestro Castro.

Este maestro Castro, como cariñosamente llamábamos al licenciado Ricardo B. Castro, el mismo que fue ministro de la suprema corte de justicia de la nación, era profesor de literatura, pero nunca concurría a la clase, por lo cual yo, como su adjunto, la daba, mediante una gratificación espontánea de diez pesos mensuales que era el cincuenta por ciento de la remuneración oficial.

Recuerdo que fueron mis alumnos de literatura, entre otros, Servio Tulio Acuña y Manolo Pérez Berenguer. Allí fue donde pude apreciar los quilates intelectuales del pobre Servio. Por lo que hace a Manolo, la materia no le era nueva, puesto que, según me dijo, había sido alumno en Jalapa Enríquez, de don Rafael Delgado, el insigne novelista cordobés, autor de La Calandria.



Llegados los exámenes tenía yo verdadero interés ñeque Manolo luciera sus conocimientos retóricos y literarios y supliqué al licenciado Manuel García-Jurado, componente del sínodo, que lo examinara y aun me atreví a decirle que podía darse gusto. En conclusión, lo ensalcé como el mejor alumno del grupo y en el ensalzamiento estuvo la causa del desastre, aunque yo más bien creo que en la circunstancia de que en esa misma mañana y junto con Manolo se examinaba también otro muchacho, que, aunque buen estudiante, no podía ni con mucho, comparársele. Pero se trataba de un paisano de García-Jurado y esto fue bastante para que mi alumno distinguido, mi predilecto, mi orgullo, quedara por los suelos y el otro por alturas que no merecía. En grave conflicto me vi para salvar a Manolo. Lo peor del caso fue que nunca me perdonó éste aquella sensacional y aparatosa **cogida**, porque siempre creyó que intencionalmente lo había dejado en manos de García-Jurado para que lo revolcara.

En ese mismo año de 1909 se recibió de notario público Manuel Andrade Priego. Yo le firmé su diploma como secretario del colegio. Entiendo que su título de abogado lo obtuvo en 1912. su solo nombre me recuerda una época sombría y dudosa en que ambos vagábamos sin rumbo fijo por las calles de México, a fines de 1914 o principios de 1915, en plena época zapatista. Cierta vez pasábamos frente a un suntuoso y bien surtido escaparate de la avenida Madero. Manuel, a todas luces enternecido, me dijo:

—Quisiera yo cargar materialmente con todos los juguetes que hay en esta casa y disfrazado de Gaspar, Melchor y Baltasar, llevarlos volando a mis hijos. . .

El recuerdo de éstos lo torturaba, pero aquel paternal deseo era imposible de cumplirse, porque su familia estaba muy lejos: en Tabasco.

¡Qué cosas tan hermosas tiene el solo vaciar en la soledad de una noche otoñal la lucha de los recuerdos! Son como pétalos de flores marchitas. No tienen perfume, pero huelen a eso que se fue para siempre. Nada dicen y, sin embargo, con qué mucha elocuencia nos hacen llorar. Este pétalo es de margarita; aquél, de **mariposa**; el de más allá, de violeta; este otro, de jazmín.



---

Y como cada pétalo tiene una historia, una añoranza, una reminiscencia, triste o alegre, así cada recuerdo de estos que van saliendo de la hucha sagrada del corazón parece que, desfilando por una pantalla imaginaria, me van reproduciendo lenta y dolorosamente, una a una, todas las páginas de mi vida. estremeciéndome, desesperándome, conmoviéndome el alma hasta sangrarla en lágrimas.

¡Cuántas veces, como en este momento de excitación, una leve y saludable brisa, oreándome la abatida frente, me ha venido a dar nuevos bríos para llevar adelante esta obra de tan honda inquietud espiritual!





## XVII

El triunfo de la revolución maderista, trajo como era de esperarse, algunos cambios en la administración pública. El general Bandala dejó el gobierno en enero de 1911 a don Policarpo Valenzuela, quien a duras penas retuvo el bastón del mando hasta el mes de junio de ese mismo año en que cayó definitivamente el régimen porfirista. El doctor Manuel Mestre Ghigliazza que tanto había combatido a Bandala y que contaba en su abono con algunos carcelazos por su brillante campaña periodística, fue designado para sustituirlo provisionalmente. Pero como de ese modo se le inhabilitaba para lanzar su candidatura, que era ciertamente lo que le interesaba, renunció el cargo y gestionó ante el congreso local que lo sustituyera mi pariente don Domingo Borrego, revolucionario de antiguo de principios tan firmes y tan radicales que no variaron ni en los momentos mismos de su angustiosa muerte.

El gobernador me expidió nombramiento de profesor de primero y segundo años de lengua nacional. Así pues, ya me había sacado el aguijón aquel que me dejó clavado, en mitad del alma, el licenciado Carlos María Saavedra.



Mi situación se fue haciendo poco a poco más desahogada. Me dedicaba con más sosiego a otros, como literatura, lenguaje, cosmografía, que me entusiasmaban. Fue entonces cuando estreché mis relaciones con el doctor Formento. Entonces también llegué a apreciar lo mucho que valía el licenciado Luis Graham Casasús pero principalmente me hice grandísimo amigo del licenciado Francisco Pellicer, cuya inmensa cultura siempre estuvo pronta a resolver cualquier duda de las muchas que le presentaba en mis diarias consultas. Pancho Santamaría y yo éramos los consentidos del licenciado Pellicer. El cariño tan grande que llegué a sentir por este hombre trascendió a su familia, pero por modo especialísimo a su hija Lolita, alma de artista, alma grande y excelsa que nunca supo estar, como dijo el maestro España a propósito de su sentida muerte, sino en un plano de invariable superioridad.

Sería imposible recordar todos los muchachos que fueron alumnos, tanto más cuanto que muy pocos son los que han procurado saludarme al pasar por este puerto, no obstante que mi corazón, como el puerto mismo, siempre ha estado abierto a todo caminante. ¿Es esto un reproche? No. Es la expresión sincera de una cuita de la que acaso yo mismo sea el único culpable...

Haciendo esfuerzo de memoria puedo recordara Armando Correa, Bastar, Ernesto Trujillo, Francisco Sumohano, Rafael Bélchez, Regino Hernández Llergo, Leopoldo Bartlett, José Fernández Manero, Joaquín Peralta, Francisco Burelo, Valentín Suárez, Miguel Calzada, Francisco Presenda, Carlos Roviroso, Mariano y Silviano Ortiz. De estos creo que, con excepción de Armando, Carlos y Silviano, todos viven, pero me parece que ninguno de ellos logró una carrera liberal. Sin embargo, Bélchez es en la actualidad gerente de la sucursal del Banco Nacional en este puerto. Regino optó por el periodismo y es director de HOY, la mejor revista del país. Fernández Manero, dedicado al comercio, está muy rico. Roviroso pereció en una loca aventura de aviación.

Andaban por allí en la dura brega de la medicina: Pablo Díaz Madam, Marín Ramos, Federico Vera, Antonio Cachón Ponce, Gustavo



Rovirosa, Oscar Carrera y Jaime Casanova; como abogados: Rodulo Brito Foucher, Mario Colorado, Manuel Everardo, Juan Luis y Noé Graham Gurría, Bernardo del Águila, Rogelio Ruiz Rojas y Francisco Trujillo, hoy gobernador de Tabasco; como ingeniero químico de fama internacional, Marcelino García-Junco, y como dentista, Fernando Casanova. Vale decir que Brito Foucher ya fue director de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional.

Por el momento no puedo recordar a otros alumnos, pero de fijo son muchos más. En tres años, más o menos, que tuve a mi cargo la cátedra de lengua nacional, ¡cuántos no habrán pasado por aquella aula!

Lo que no puede olvidar es lo que aconteció a uno de estos muchachos en la prueba final. Esta prueba final era en algunas ocasiones verdaderamente peligrosa. No pocas malas voluntades cosechamos Pancho y yo por querer ser redentores y tratar de proceder con toda justicia, mas también con todo rigor, en los exámenes.

Estábamos en los de primer curso de lengua nacional y formábamos el jurado Pancho Santamaría, Carmito Sánchez Magallanes y yo. Creo que a Pancho se le ocurrió dictarle a uno de estos muchachos aquellos ingeniosos y conocidísimos versos de Iriarte que han sido el coco de muchos malos estudiantes y que dicen:

He reñido a un hostelero.  
¿Por qué? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo?  
Porque donde, cuando como,  
sirven mal, me desespero.

Los escribió pésimamente. No exagero si digo que en cada verso tuvo, cuando menos, dos faltas. Y se le reprobó por unanimidad de otros. En los exámenes extraordinarios, dos meses después, se presentó de nueva cuenta, como el mismo jurado. Se le dictó la misma redondilla, la escribió casi casi con las mismas faltas y se le volvió a reprobar por unanimidad de votos. Transcurrido el siguiente año, otra vez Santamaría, Magallanes y yo



tuvimos en el banquillo del ajusticiado a aquel impertérrito estudiante. Otra vez se le dictó la cuarteta. Otra vez la escribió mal. Y otra vez lo habríamos reprobado si Carmito, con esa su gracia oportuna que lo hace tan agradable, no lo salva arguyendo como razón fundamental que debía aprobarse por constancia en el servicio o por fidelidad a la causa. Y lo aprobamos.

Antes de dar fin a este capítulo, quiero referir otra curiosa anécdota que rememoramos con fruición siempre que hablamos de aquellos deliciosos días de exámenes. Examinábase de zoología Alfonso Acuña Pardo y era miembro del jurado calificador don Luis Gil Pérez, profesor normalista veracruzano muy querido entre el elemento estudiantil de aquella época. El profesor Gil Pérez, con aquella su bonachona voz estentórea que resonaba con estruendo en los salones durante los exámenes, le dijo:

—A ver, señor Acuña, deme el ejemplo de un batracio.

—Un sapo, señor —le contestó Alfonso, sin vacilación de ningún género.

—Muy bien, señor Acuña. Deme otro ejemplo.

Y sin rodeos, contestó rápidamente:

—Otro sapo, señor.

Todos los oyentes rieron de buena gana. El profesor Gil Pérez, retorciéndose nerviosamente los largos y espeso bigotes, se pudo rojo como una pigua. Alfonso, con asombro de sí mismo, fue aprobado en zoología.



## XVIII

El ambiente escolar es de lo más hermoso. No deja de haber sus rencorcillos entre los estudiantes. Eso es natural y humano, pero en el fondo siempre hay generosidad, desprendimiento, espíritu de ayuda y de unión. De esta suerte fuimos uniéndonos casi todos los estudiantes de derecho hasta formar un grupo de ocho. Los exámenes de fin de curso para cenar juntos. Después se instituyó que nos reuniríamos para cenar cada vez que alguno de nosotros se recibiera o se casara. Pronto dieron en llamarnos el club de los comilones, pues en realidad de verdad no hacíamos otra cosa que comer. A pesar de lo cual no faltó quien de mala fe y con el fin de molestarnos o de molestar a alguno de nosotros en momentos difíciles, nos imputara actividades políticas y nos llamara "el octaedro", a semejanza del "cuadrilátero" de Huerta. El tal octaedro o el tal club de los comilones estaba integrado por César Casasús, Domingo Melo, Pancho Montellano, Pancho Santamaría, Andrés Sosa Cámara, Manolo Pérez Berenguer, Pepe Brown y yo.

Me parece que al finalizar los cursos de 1912, a moción mía, invitamos a cenar con nosotros a García-Jurado. Cenábamos esa vez en un restaurante que estaba situado en Lerdo, entre Juárez y la primera avenida del Grijalva. Aprobada la invitación fuimos dos compañeros por el poeta que vivía en la calle de Sáenz entre Lerdo y Zaragoza y que ya se había acostado. Pero se levantó y fue con nosotros y nos pronunció un discurso armonioso y romántico que Pancho le contestó con las reticencias propias de toda oratoria incipiente.



García-Jurado quedó muy complacido y satisfecho de que la juventud lo buscara, porque, como a aquel Límbaro Correa Merino de quien ya hablé con el cabello suelto y largo, los ojos adormecidos por en constante ensueño, el bigotillo atusado en puntas hacia arriba, el cuello alto, la chalina negra en forma de mariposa, el sombrero, negro también y de alas anchas, sólo le faltaba la capa y la espada para ser un verdadero trovador renacentista.

La última ocurrencia del octaedro fue hacerse una fotografía que ha servido para perpetuar, al menos en esa forma, aquel dulce compañerismo que nos unió durante algunos años. En esa fotografía que yo conservo con positivo amor no figura Brown. Uno de aquellos raptos de neurastenia que de tarde en tarde lo asaltaban por aquel entonces, hizo que el cuadro resultara incompleto. Falta en él, ciertamente, pero todos llevamos a Pepe en el corazón. En la fotografía hay ya una nota de dolor. Hay uno menos. Manolo, acaso el menor de todos se fue para siempre. . .

Pancho y yo nos preparamos juntos para el examen de grado. Estudiábamos todas las noches en su casa, atendidos por Mercedes, la mujer inteligente y fuerte que fue la insustituible compañera de su vida. ¡Cuántas reminiscencias vienen a la mente en este instante! Pero, ¡tente, pluma! No hay derecho a entristecerse en esta hora solemne y recatada, en que tratamos de reconciliarnos con nosotros mismos.

El día 24 de octubre de 1912, escogido por mí para festejar mi onomástico, él de siete a diez de la mañana y yo de diez de la mañana a una de la tarde, nos examinamos en el instituto. Pancho disertó sobre El Artículo 91 (Los Magistrados deben ser abogados) y yo sobre la Libertad Caucional. No recuerdo bien si en este mismo 24 de octubre y antes de presentarnos a la prueba práctica del Tribunal, nos hicimos la fotografía en que él y yo aparecemos rodeados de libros, cigarros, cerillas, lápices, tintero, pluma, café, todo lo que nos acompañaba en aquellas adorables noches de nuestra preparación. ¡Veintisiete años corridos tiene esta amarillenta fotografía! ¡Toda nuestra vida profesional! Ya presenció mis bodas de plata con la abogacía el 24 de octubre de 1937. Ya escuchó con arrobamiento el homenaje lírico que mi buen amigo don Francisco Quiroga —un gran corazón— me dedicó



---

tan bondadosamente la noche de la fiesta. Ya oyó, por último enternecida, la frase ahogada de Pancho, cuando —en virtud de que por causas dolorosas no pudo venir a celebrar juntos, como deseábamos, aquel aniversario— me saludó telefónicamente desde México, en los instantes mismos en que conmemorábamos las ansiadas nupcias.





# XIX

No he tratado de hacer historia, ni menos de mezclar estos apuntes con la historia a veces turbulenta de la provincia. Pero aun contra mi propósito necesito hilvanar estas páginas con las de algunos acontecimientos políticas de la tierra.

Digo lo anterior porque había pasado por alto mencionar el hecho de que con la entrada del estimabilísimo doctor Mestre en el gobierno del Estado, coincidió la salida a la luz pública de aquella incisiva trova callejera que con ocasión de cierta hazaña galante del señor gobernador hízose por entonces tan popular:

Es la suerte de un doctor  
la mejor que se baraja.  
Si sube encuentra una flor  
y halla una rosa si baja.

Y con la epigramática trova, cuya paternidad se achacó al licenciado Santa-Anna, a Domingo Borrego y hasta a Manlio Fuentes, sin dar tal vez con el verdadero padre de la criatura, coincidió también la pérdida que yo sufrí de la secretaría del instituto, puesto en el cual me sustituyó Andrés Sosa Cámara, amigo íntimo del doctor. Por supuesto que tal pérdida no me preocupó en absoluto, tal vez porque ya litigaba como pasante de derecho y ganaba lo suficiente para vivir y sostener a mi familia. De suerte que Andrés como secretario y el licenciado Acuña, como director del plantel, nos firmaron a Pancho y a mí nuestros correspondientes diplomas de jurisprudencia.



Los demás del grupo se fueron recibiendo sucesivamente y tengo para mí que a la fecha de mi salida de Tabasco —15 de agosto de 1914— ya todos estaban recibidos. Los siete que de ese grupo vivimos nos hallamos diseminados en la república.

César Casasús, trabaja en la suprema corte de justicia desde hace muchos años; Domingo U. Melo, después de litigar en México mucho tiempo, se fue a ejercer la profesión en Tabasco; Pancho Montellano vive de sus rentas en la metrópoli; Andrés Sosa Cámara ejerce en Tampico y Pepe Brown trabaja también en México al lado de Chema Gurría.

Pancho Santamaría, sin duda el mejor cerebro de todos nosotros, ha desempeñado diversos cargos públicos en Tabasco y en México y también ha ejercido la profesión, con éxito, en la misma ciudad capital. A él se debe la restauración del nombre de Villahermosa a la capital del Estado. La política no lo ha tratado del todo bien, pues ya en cierta ocasión, tras e estar en verdadero peligro de perder la vida, hubo de marchar al destierro, donde permaneció varios años. Desde entonces el hombre está más o menos tranquilo, dedicado a sus libros. Ha publicado alrededor de veinticinco obras, casi todas ellas sobre cuestiones de lexicografía. Pero tiene inédita la que él llama —y yo también la llamo así— su obra definitiva, un diccionario hispanoamerindio que durante treinta años consecutivos le ha succionado las mejores energías de su vida. Pertenece a varias sociedades científicas y literarias. Y su nombre es conocido, como escritor, como lexicógrafo y, en general, como hombre de letras, dentro y fuera del país.

Por lo que hace a mí, que soy el último del grupo, desde que salí del terruño amado, planté mi tienda en esta muy lal y muy heroica ciudad de Veracruz, aquí me he hecho viejo y aquí habré de morir, a lo que parece, sin pena ni gloria.



## XX

*Creo* llegado el momento de ver hacia atrás. ¿Qué fue de aquella cincuentena de adolescentes que se matriculó en el Instituto Juárez el año de 1987? Hace cuarenta y dos años que cuarenta y cinco o cincuenta efebos hicimos nuestra irrupción triunfal en la vieja y amable casona de la calle de la Constitución, anheloso de luz como las mariposas. Tiempo es ya, en consecuencia, de hacer el balance de la jornada. ¿Cuántos llegamos a la meta? ¿Cuántos se quedaron prendidos en las zarzas del camino? ¿Cuántos extraviaron la senda? ¿Cuántos quedamos todavía del grupo?

He aquí lo más inquietante de estos apuntes, porque no todos pueden pasar lista de presentes; unos porque andan por distintos rumbos y por lugares ignorados y otros porque se fueron para siempre.

Fallecieron, sin obtener ningún título, los siguientes: Francisco de la Guardia, Gustavo Sosa, Adolfo Payán, Toasito Casasús, Pepe y Carlos Hernández Ponz, Manuel Gurría Urgell, Martín Gonzalí, Fernando Silva, Ramón Castro, Juan Pizá Martínez y Carlos A. Vidal. Por lo que hace a Pepe Hernández Ponz, aquél que nos asombraba en la cátedra de geografía por sus conocimientos en raíces griegas y latinas y a quien don Manuel Díaz Prieto llamaba el sabihondo de la clase, como su padre era jefe de una importante casa comercial, dejó de estudiar y se dedicó al comercio. Y gozando



de una magnífica posición social y económica, se pegó un balazo. Respecto de Vidal su fin fue dolorosamente trágico. No era tabasqueño, sino chiapaneco, de pichucalco, población que daba buen contingente a la escuela. De allí fueron a estudiar varios de la familia Vidal, Augusto Roas, José Sabino Rojas, César Córdova, Chico Contreras, Marín Ramos y muchos más que no recuerdo. Pero Carlos, por diversas causas, también destripó. Con el correr del tiempo hízose revolucionario. Llegó a ser general. Fue gobernador y comandante militar de Tabasco. Y cuando la horrible tragedia de Huitzilac, fue cobardemente asesinado al lado de su jefe el general Serrano, del licenciado Rafael Martínez de Escobar y de muchos otros que no pudieron escaparse como Pancho Santamaría.

De otros compañeros que tampoco se titularon, no tengo ninguna noticia. Ignoro si viven, porque hace muchísimos años que dejé de verlos. Estos son: José Ibarra: Eduardo Pedrero, Pompeyo Avalos, Fernando López, Tónico Pomar, José Ocampo, Antonio Padrón, Manuel Balboa, Narciso Contreras y Pepe Herrera. Gustavo Melo sí reside en Teapa dedicado a la agricultura. Hilario Becerra, que se casó en Estados Unidos con una borincana, en fin de cuentas, fue a radicarse a Coamo, Puerto Rico, y vive del comercio. Juan Fernández Veraud vive en la capital de la república dedicado también al comercio.

Carmen H. de la Fuente, profesor en farmacia, después del triunfo de la revolución, se estableció, definitivamente en la capital de la república, pero le pareció más hombruno suprimir el nombre de Carmen y quedarse solamente con el de Heberto.

Se graduaron como profesores de instrucción primaria Andrés Torruco Priego, muerto hace muchos años; Nicanor González, que nunca ejerció y que en la época en que más se sintió la hegemonía garridista en Tabasco, fue gobernador del Estado, y Gil Segundo Gil que después de ejercer la profesión allá también, vino a este puerto jarocho, donde ha trabajado con éxito en el ramo de la enseñanza. De ideas sinceramente radicales, no ha hecho mal papel en el sindicato de maestros a que pertenece. Actualmente es inspector técnico escolar de esta zona.



Los médicos no hicieron su profesión en Tabasco, porque no existía esta facultad. Vinieron con su preparatoria completa a estudiar la carrera en México, o en alguna otra escuela provinciana. Estos médicos son: Gollito Castellanos que ejerce en Guanajuato desde hace largos años. Federico Martínez de Escobar que ha trabajado en varios lugares del país y actualmente reside en México y, por último, Daniel Gurría que desde que se recibió está establecido en la capital de la república, donde goza de muy buen crédito adquirido en el ejercicio de la especialidad de oídos, nariz y garganta a que se ha consagrado con verdadera competencia. Daniel es de claro talento y tiene además vastísima cultura no sólo en lo que atañe a su profesión, sino en asuntos literarios. Como escritor, su prosa es vibrante, sonora, diáfana. Tiene temperamento artístico y es un enamorado de Díaz Mirón, cuyos versos declama con emoción hondísima. Aunque parezca paradójico, puede decirse que dentro de las brusquedades de su carácter hay un espíritu exquisito. Hace varios años se pasó toda una tarde en mi despacho contemplando con delectación una vieja fotografía que el licenciado Herrera guarda avariciosamente, como valiosísima presea de antigüedad, en la que rodeando a aquel conocido y popular padre Briceno, están el dicho Daniel, su hermano Manuel, el propio Salomón, Pepe y Calos Hernández, José Encarnación Betancourt, Federico Martínez Escobar, Andrés Torruco Priego y diez o doce más, todos compañeros de aquella aristocrática escuela de Santa María de Guadalupe. Después de haber pasado horas y horas contemplando el cuadro y de estar hablando a más y mejor de los sucesos de hace cincuenta años, o más o menos, relacionados con todos y cada uno de los compañeros de la fotografía, salió del despacho con el alma un tanto cuanto atribulada y maltrecha. ¿Qué extraño filtro tienen estas pálidas sombras que tanto nos conmueven y que a las ocasiones aun nos hacen llorar?

Se graduaron en derecho, como yo, los siguientes: Julián Urrutia Burelo, César L. Casasús, Salomón Herrera, Enrique Caldrón, Ruperto Jiménez Mérito, César Córdova, Miguel Angel Gil y supongo que también Antonio Hernández Ferrer. Considero oportuno decir algunas palabras de cada uno de estos compañeros.



Julián ha pasado toda su vida profesional en San Juan Bautista, hoy Villahermosa. Buen cerebro y buen abogado, ha desempeñado importantes cargos públicos en el Estado, como juez de primera instancia, magistrado del tribunal superior de justicia y secretario general de gobierno, para no citar más que estos tres. La música es el mejor entretenimiento de su vida. Tocando y componiendo se pasa sus horas de ocio "encerrado entre sus cuatro paredes", como él mismo dice. De los compañeros de infancia, es decir, de los compañeros de barrio, es Julián el único que me queda. Cuando menos es el único con quien conservo cordialísimas relaciones de amistad.

César, a poco de haberse recibido, bien que urgido por los acontecimientos políticos que se desarrollaron en Tabasco, se trasladó a México y como antes dije, desde hace algunos años trabaja en la suprema corte de justicia de la nación. Así va viviendo honestamente en el seno sagrado de su familia.

Salomón también desempeñó en Tabasco, después de recibido, los puestos de juez y de magistrado y como funcionario público siempre dio la nota más alta de honorabilidad y competencia. Desde muchacho fue afecto a la discusión y dio pruebas de un gran sentido común. Desde el año de 1916 él y yo trabajamos juntos en este puerto. Ha litigado con verdadera idoneidad, pero desde hace algunos años está consagrado exclusivamente a la notaría, profesión de la cual ha hecho un positivo apostolado por el cariño y rectitud con que la sirve. En julio de 1934 celebró sus bodas de plata profesionales. Fue aquello una nota elegante y conmovedora. Casi una apoteosis. A mí me tocó ofrecerle la fiesta. No ha hecho capital, pero ha logrado cruzar el pantano sin mancharse. Este es su mejor galardón y también la herencia más enorgullecida que deja a su familia. Hoy no es ni la sobra de aquel Chupita que conocimos en las aulas, tan flaco y nervioso como el mismo chupamirto que le dio su mote. Sólo le queda lo de nervioso, pero dentro de un volumen de más de ochenta kilos.

El pobre Enrique llegó a obtener, aunque tardíamente, el título de abogado y sólo ejerció en Tabasco. Hace como dos años vino aquí herido de muerte, en pos de auxilios médicos. Estaba diabético y traía, además, una



gangrena imposible de curar. Desesperado marchó a México y allá, tras de una operación quirúrgica en que perdió la pierna enferma, perdió también la vida. Su muerte me dejó una impresión honda y triste.

Ruperto es otro magnífico y claro intelecto. Vino a la ciudad de los palacios como senador de la república y allá sentó sus reales para siempre en la encantadora urbe nacional. Desde que abandonó el campo de la política se dedicó por entero al ejercicio profesional y, no obstante lo dura que es la lucha en la metrópoli, ha logrado formar algunos bienes de fortuna.

A César Córdova lo he perdido de vista, pero sé que desde hace mucho tiempo está radicado en México, donde ejerce la profesión. Siempre fue muchacho muy correcto y estudioso. Según sé, no le ha ido del todo mal en sus negocios. Por el contrario, dicen que ha logrado consolidar una buena posición económica.

Pero Miguel Ángel es lo más notable que salió del grupo. Notable principalmente por su ojo mercantil. Tenía una extraordinaria facultad para ver los negocios. Y su carácter amable, su donde gentes, era el complemento obligado de aquella facultad. Miguel supo hacer amigos, porque supo serlo. Con aquella maravillosa destreza para descubrir, tratar y desenvolver los negocios, llegó a convertirse en protector de sus propios maestros intelectuales de alto valer profesional como los abogados Justo C. Santa-Anna y Gonzalo Acuña Pardo. El campo de México le sirvió ampliamente para dar vuelo a sus combinaciones económicas. Pero el tifo lo hizo presa y se lo levó, a pesar de los esfuerzos de la ciencia para salvarlo, cuando apenas frisaba con los treinta y seis años de edad y ya había formado un capital de más de medio millón de pesos.

Hernández Ferrer muy pronto abandonó los estudios preparatorios y desde la revolución maderista se metió de lleno en la política. Fue diputado al congreso local y más tarde, en la época de don Venustiano Carranza, llegó a ser diplomático no sé donde haya obtenido el título de abogado.



---

Finalmente, hablaré de los ingenieros Vicente L. Melo, Raúl Mendoza Félix F. Palavicini.

Vicente, pagada su preparatoria en el Instituto Juárez, obtuvo su título de ingeniero agrónomo en México. Desde que se recibió ha permanecido en Tabasco trabajando en la agricultura. Es el mismo amigo sincero, gentil y cariñoso de siempre.

Raúl también vino a México a hacer os estudios de ingeniero civil. Fue profesional muy inteligente. Hace algunos años que murió en la propia capital de la república.

Palavicini es el único ingeniero del grupo que hizo sus estudios en Tabasco y es el que ha descollado más que todos nosotros. Palavicini se destacó desde su adolescencia por su actividad, talento y osadía. En el instituto siempre fue una figura de primer orden. Cuando apenas estudiábamos segundo año de preparatoria, publicamos *El Grijalva*, cinco o seis números cuando má. Palavicini fue el director, Miguel Ángel Gil el administrador y yo el secretario de redacción. Allí hizo sus pinitos en el periodismo. Un día en el callejón del instituto, jugando a las canicas, me dijo:

—Yo tengo que ser diputado.

— Eso es cualquiera —le respondí— ¿No vez a X o aZ?

—Sí, pero yo no seré diputado local, sino al congreso de la unión.

Y aquello que entonces me parecía, más que imposible, un sueño, se cumplió. Palavicino ha sido varias veces representante popular, incluso constituyente del 17. formamos una compañía de comedias con Julián. Bernardo Porta y no sé cuántos más, y Palavicini fue el primer actor. Recuerdo que la primera dama era Tomasa Sánchez, quien —a la postre— resultó novia de Félix. Han pasado los años y no he vuelto a saber nada de aquella nuestra gentil primera dama que representó con nosotros, en mi casa convertida en teatro. El Jorobado. En el carnavl de 1899 organizamos una estudiantina a



la manera de las de Santiago de Compostela; la letra fue de palavicini y la música de mi padr; recuerdo que las estrofas las cantaba Manuel Montellano. En tercer año teníamos como texto oficial de historia general a Castro, pero a palavicino se le antojó cambiarlo por el de don Justo Sierra y, contra el parecer del profesor que era don Constantino Maldonado, arrastrándonos en aquella caprichosa y terca cruzada, logró su intento. Cuando llegaron los exámenes, Félix presentó al jurado calificador —cosa inusitada— una tesis escrita sobre El Renacimiento y la Reforma. Desde joven escribía versos y su primera oda la dedicó a Juárez. Fue orador, obligado en las fiestas del colegio y también en las que conmemoraba el Estado, como el 27 de febrero, el 5 de mayo y el 1 de septiembre. Nunca había improvisado y se resolvió a hacerlo, audazmente, en una fiesta de la Sociedad de Artesanos, en la que replicó con todo valor y entereza el discurso acabado de leer en aquel mismo acto por el licenciado Leandro J. Duque de Estrada, lo que dio pie a una interesante polémica que ambos sostuvieron después por la prensa. Siendo todavía estudiante, fue delegado a un congreso agrícola convocado por el entusiasta, progresista y talentoso don Alberto Correa.

Espíritu inquieto y combativo el de Palavicini, lo obligó a salir de Tabasco en busca de más amplios horizontes. Pero como no se trata aquí de hacer su biografía, pondré contera a estas noticias personales con unas breves líneas más. El gobierno general lo envió a Europa en misión pedagógica. Fue director de la escuela industrial de huérfanos. Metido luego en la política, fue ministro de educación pública y representante diplomático en el extranjero. Fundó el gran diario El Universal. Como escritor ha dado a la publicidad muchas obras. Actualmente es embajador de México en la república del Plata.





## XXI

*H*ace seis años, en el 1933, volví a Tabasco, después de una prolongada e ininterrumpida ausencia de diez y nueve años. Tenía un ansia loca de ver de nuevo mis viejos lares. Quería recorrer otra vez, acaso la última, todos los rincones de mi niñez. Me recibieron en el campo de aviación Vicente y Andrés Melo, Julián Urrutia y mi pariente Jesús Domínguez.

Lo vi todo con extraña inquietud: la loma de los Pérez (la mía), la de la Encarnación, la de Esquipulas, la derruida catedral, la plazuela del Águila, el callejón de Puerto Escondido, la Plaza de Armas, la casa de la familia Montellano, las Cuatro Esquinas, las Nueve Matas, el cine club, el teatro Merino, la barbería de Tomás Hernández, el puente de Zaragoza, la casa de señá Chica Pérez, Atasta de Serra, Tamulté de las Barrancas, el palacio de gobierno, la casa de Luz Loreto. Lo vi todo rápidamente, con impaciencia, con aquella loca desesperación de verlo en conjunto, al mismo tiempo, como si las cosas pudieran escaparse, esconderse o huir.

Julián me acompañó a la casa de Juanita Cortázar, ubicada en la misma calle y a corta distancia del colegio. Diez y nueve años de no verla



me autorizaban a estrecharla con efusión y así la saludé. casi con los ojos humedecidos. Después de un poco de charla volvía a escuchar en el piano la Lucía de Lammermoor. la Danza de las Horas de la Gioconda, el minueto en sol mayor del sordo de Bonn, el Guillermo Tell de Rossini, el vals número doce del inmenso polaco. Todo aquello que me había hecho vibrar y vivir en mis días de soledad y tristeza, toda la magia seductora de aquellos dedos maravillosos que tuvieron para mi alma el don piadoso de la consolación. Y en aquella hora solemne de conjuros y añoranzas. frente a los ojos nublados por el dolor intenso y mudo del recuerdo, pasó —como por una pantalla prodigiosa— mi vida entera. Poco tiempo después de aquella fecha inolvidable, murió Juanita Cortázar. La triste y dolorosa noticia me conmovió y enlutó el alma. A pesar de todo, el suceso me parece mentira. La veo en el silencio de mis noches de insomnio y la sigo escuchando con santa y religiosa devoción, como si aquellas dulces melodías siguieran brotando, más que del piano, de su propio corazón. Llenas de arte y ternura, exquisitas, cordiales, misericordiosas.

Julián también me acompañó a la visita del instituto. Entré con miedo. Una emoción jamás sentida me erizaba los vellos y me escalofriaba. Y es que en cada puerta, y en cada pared, y en cada ventana, y en cada pilar, y en todas las aulas, había un recuerdo mío. un dolor. una ilusión, una esperanza, una página muda, una lágrima evaporada. Estuve largo rato sin hablar contemplando las cuatro paredes de la secretaría, donde pasé tantas horas de silenciosa preocupación. Y por ningún lado pude ver aquel sillón austriaco que me sirvió de cama tanto tiempo. En aquellos días era director del colegio el profesor Arnulfo Giorgana. Convocó a los alumnos en mi presencia para presentarme a ellos y les habló de mí en términos tan relevantes que cuando pretendí dirigir la palabra al gárrulo conjunto estudiantil, se me anudó la garganta, se me nublaron los ojos y lloré como un niño, ridículamente. No puede hablar.

Cuando salí de aquella casa que comencé a frecuentar desde el año de 1897, sentí una gran tristeza en el alma. Es cierto que allí seguían viviendo los ídolos de Huimanguillo, el monumento a Juárez, el peripatético de don Arcadio, los árboles de pan; pero el espíritu de superación y de grandeza



de la amada escuela, había muerto. A duras penas se estudiaban los tres años de secundaria. Ya no había preparatoria. Menos aun profesiones. Me quedé mudo largo tiempo, al lado de Julián, parte porque me avergonzaba el ridículo de mi llanto, y parte también porque me atosigaba el brusco descenso del plantel.

—¿En qué piensas —me dijo.

—¡Ay, hermano! Pienso en que esto ya se acabó.

Pero en estos días otoñales en que me di a la dulce tarea de escribir estos apuntes, cuando comienzan a caer, ya amarillas, las hojas de los árboles, caen también en mis manos, como hojas de resurrección, las albas y tersas páginas del Romancero del Santuario. Y el perfume util de estas flores presentadas tan al natural por Chema Gurría, me adormece primero y me hace reaccionar después. ¿Recordáis el último romance, no del coplero, como él mismo se llama, sino del poeta de la sencillez y la ternura?

¡Mientras un hermano  
tan sólo subsista,  
no puede pensarse  
que la muerte exista!

.....  
Siempre repetíos  
y de todos modos:  
¡—La muerte no existe  
si no mueren todos!

Leo y vuelvo a leer los versos de Chema, y siento algo como una euforia espiritual que me hace meditar honda y largamente.

Y reflexiono y me digo:

--Ciertamente, la escuela no ha muerto, ¡no ha muerto! Si el Santuario de los Gurría vive aún y tiene que vivir mientras viva uno solo de sus hijos,



---

Instituto Juárez, que es el santuario del saber para los tabasqueños, vivirá también, mientras una sola de sus abejas, peregrinando por el mundo, pueda saborear con orgullo la miel de aquel amado colmenar.

H. Veracruz, otoño de 1939.









NT: 86447

Adq:  
Vol: 1  
EJ: 2